

La agonía de la palabra

Enrique Jaramillo Levi



A
NEGRA

LA AGONÍA DE LA PALABRA

Enrique Jaramillo Levi

ÍNDICE

Saber vivir, saber morir

La mejor actriz

Otro tipo de experiencia

Esta ausencia nueva

¡Así!

Negocio redondo

¡Esto no se queda así!

Porque yo la vi

La exitosa tarea de los cinco minicuentos

Sin mediar palabra

Astilla del mismo palo

En una nuez

A tientas

Las cosas por su nombre

El distraído

Impulsos

La media vuelta

Preguntas

La vecina de enfrente

Una historia salida de la nada

No se culpe a nadie
Ya para qué
De arañas y musarañas
Por bien servida
Ahora sí
La suave píldora
Cometa
Se cae de su peso, ¿no?
La verdad
Lástima
Su secreto
No saben lo que se pierden
Velero
¿Acaso importa?
No es fácil
Epifanía

*La mayor nobleza de los hombres es la de
levantar su obra en medio de la devastación,
sosteniéndola infatigablemente, a medio
camino entre el desgarró y la belleza.*

Ernesto Sábato, **Antes del fin** (1999)

SABER VIVIR, SABER MORIR

I

El poeta al que yo hubiera laureado había escrito un largo poema existencial al que tituló "Saber vivir, saber morir". La ironía era que los versos revelaban más bien una crasa incapacidad de hacer una o ambas cosas con sabiduría, ni siquiera con dignidad. El tono amargo, resentido, de principio a fin, daba cuenta de una gran frustración ante lo indefenso que se siente el poeta frente a los embates del diario existir, y sobre todo ante el hecho de no poder controlar el momento, el sitio ni la forma de su muerte. Le molesta sobremanera que ésta sea inevitable, que dependa de un enigmático poder superior, que posiblemente estuviera decretada desde su nacimiento, o incluso desde antes. Y si toda esta infamia venía, según la versión bíblica, de un remoto pecado original, la tragedia humana es infinitamente más absurda e injusta, señala. El poeta proclama la inutilidad de todo reproche, y sin embargo se queja. Pero ante su persistente duda en cuanto a la existencia de Dios, no puede endilgarle tajantemente a éste la culpa de su destino, y mucho menos su inconformidad. El poema destila entonces una amargura personalísima pero abstracta al carecer de un destinatario específico. Es un grito desgarrado que, a excepción de las reflexiones filosóficas y de orden estético que sin duda habrán de generar en el lector, está condenado a perderse en el vacío. Y tal vez en eso, precisamente, consiste el valor de su logro artístico y su miseria, independientemente de su belleza formal y de su fuerza, que son notables.

Ese fue mi razonamiento como uno de los jurados del "Premio Nacional de Poesía Nuevos Rumbos" de este año, al deliberar con mis colegas acerca de los 15 poemarios recibidos. Los otros dos jurados eligieron otra obra. A mi juicio no entendieron el mérito de la contradicción, deliberada o no, entre el título y el contenido "Saber vivir, saber morir"..

Aferrados a principios religiosos que no vienen al caso aquí porque nada tienen que ver con la Literatura, sintieron ofensivo ese largo poema, casi sacrílego. ¡Como si la Poesía tuviera religión o ideología, como si se la pudiera aprobar o rechazar por ser verdadera o falsa, moral o inmoral! Lo que importa es su sustento humano y sus logros estéticos, nada más. Pero tampoco nada menos. Aparte de que ese Premio fue instituido justamente para estimular la creación de una nueva estética. Y como se sabe (o debería saberse), toda estética es la simbiosis de un determinado fondo con la forma que lo sustenta. Estoy convencido de que "Saber vivir, saber morir" logra este ideal a plenitud, con creces. Pero fue inútil, no pude convencerlos, ni ellos a mí. Por lo tanto solicité que en el dictamen oficial se incluyera un Fallo de minoría, lo cual se hizo. Ya es algo. Quedará testimonio de mi posición, y mi anónimo autor la sabrá. Tal vez le sirva de consuelo, y de estímulo.

En unos minutos se abrirá la plica y sabremos la identidad del poeta ganador. ¡Cómo hubiera deseado que esa otra obra ganara el Premio! El incentivo que representa este galardón –\$ 5,000.00, medalla de oro y la publicación de la obra ganadora–, en buena hora creado por nuestra Academia Panameña de Literatura como un novedoso esfuerzo por impulsar la renovación de la poesía nacional, va a perder la oportunidad de dar a conocer a un gran poeta, si es que no se trata ya de un creador reconocido. Ahora quizá nunca sabremos quién es su autor (¿su autora?), pues este certamen no otorga menciones honoríficas, lo cual hubiera sido una salida decorosa. En cambio, la obra premiada por mis colegas no pasa de ser, a mi juicio, la de un poeta un poco adocenado, repetitivo y a ratos hasta cansón. No vi innovación alguna en sus versos pretendidamente líricos: ni en su contenido ni en el aspecto estilístico, aspectos que en sus poemas marchan ostensiblemente por separado. Más bien denota una vuelta al romanticismo con cierto ribetes eróticos ocasionales, mediante el uso de un lenguaje plano, poco imaginativo.

El poeta que compite en un concurso como éste debe tener una propuesta, y arriesgarse tratando de darle forma. La angustia, la rabia, la desesperanza que dominan cada estrofa de desgarramiento anímico del poemario que yo hubiera premiado hace precisamente eso, se la juega en aras de plantear su manera de sufrir por no entender el mundo. Y sospecho que en el fondo esa honda duda existencial, que por supuesto no es nueva, nunca había sido expresada con tanto dolor y tanta amargura en la poesía panameña como una posición estética de inconformidad, de rompimiento con los moldes complacientes de nuestro quehacer poético.

II

Uno de los jurados acaba de leer el Fallo en Conferencia de Prensa a la que asistieron unas cuarenta personas, entre funcionarios de la Academia, periodistas y algunos poetas, además de personas desconocidas que probablemente hayan participado en el concurso. El Notario Público que custodió durante dos meses las plicas procedió a buscar, entre los quince sobres que se guardaban en una pequeña caja de plástico, el que tenía en su exterior el nombre de la obra y el seudónimo de su autor. Luego lo abrió y leyó el nombre y datos básicos del ganador: José Rigoberto Azuela, un conocido profesor de literatura y a mi juicio sólo un poeta muy menor, presente por cierto ahí en la sala de la Academia, era el afortunado. Autor de cuatro libros de poesía (sonetos y décimas) y de una novela histórica a la que prefiero no calificar, no pudo evitar repetir tres veces en voz alta "Gracias, Dios mío". A sus sesenta y cinco años, sin duda el profesor Azuela se sentía en ese momento un hombre realizado.

Lo confirmé cuando desde la mesa principal, en donde me hallaba con mis colegas y el Notario, lo vi permanecer sentado entre el público sin identificarse aún, sacar

un celular y llamar a alguien. Su expresión al hablar, esta vez en voz muy baja, denotaba una felicidad absoluta. Por supuesto, no era para menos. Después se paró lentamente y dijo con aparente timidez pero sin duda emocionado: "¡Yo soy José Rigoberto Azuela!" Los aplausos no se dejaron esperar.

Entonces recordé que también se había leído ahí mi Fallo de minoría como parte del Dictamen. Y pensé que me gustaría conocer al poeta a quien yo hubiera premiado. Justamente en ese momento, como si me hubiera leído el pensamiento, se puso en pie un joven, y con gran satisfacción exclamó: "Y yo soy el autor de "Saber vivir, saber morir". Mi aplauso fue automático, fuerte, entusiasta. Las demás personas de la sala, por cortesía o por inercia, me imitaron. Todos sentimos que iba a decirnos su nombre, pero decidió no hacerlo. El profesor Azuela se le acercó y cordialmente le dio la mano. En seguida se les armaron varios periodistas y les tomaron algunas fotos. El muchacho rehusó ser entrevistado.

Me le acerqué cuando ya se iba, y lo invité de inmediato a tomarnos un café. A regañadientes aceptó, y juntos fuimos a un lugar cercano. Nada más accedió a conversar conmigo durante veinte minutos, contados en su reloj. Empecé por expresarle mi posición ante su obra, felicitándolo por su congruencia y densidad filosófica pese a su joven edad, y por los logros formales del poemario. Se quedó callado, mirando a otra parte. Debía estar contento, pero de repente lo sentí muy triste. Fue extremadamente parco ante mis preguntas. Se llamaba Alberto Saravia Romero, sólo tenía veinte años de edad, era soltero y estudiante de Filosofía en la Universidad de Panamá. No tenía familia, sus padres habían muerto años atrás en un accidente. Este era su primer poemario. Lo escribió en una sola noche, enfebrecido, casi delirante (no me quiso decir por qué) durante más de ocho horas continuas. No tuvo tiempo de pulirlo antes de enviarlo al concurso, por lo que se fue tal

cual. Leía muchísimo, era casi lo único que hacía, fuera de atender sus clases. No quiso darme un número de teléfono, una dirección. Cuando ya nos habíamos despedido y se iba, se volteó hacia mí y me dio las gracias. Tenía lágrimas en los ojos.

Dos meses más tarde el joven poeta moría de cáncer en el Instituto Oncológico Nacional. Su fotografía estaba en los principales periódicos y hasta en la televisión. De pronto dejó de ser un ilustre desconocido: lo poco que podía saberse sobre él fue investigado y difundido: Más o menos lo que el joven poeta me había contado. Los comentaristas lamentaron, eso sí, su prematuro deceso.

El cuerpo permaneció en la morgue varios días sin que nadie lo reclamara. Finalmente, moviendo influencias, lo hice yo. No había nadie más en su funeral.

Un solo periodista, al dar la noticia de su muerte, había sugerido que su poemario se publicara. Como era poco probable que lo hiciera la Academia, cuyos fondos son muy limitados, modestamente lo hice yo. Me hubiera gustado que José Rigoberto me firmara el primer ejemplar.

LA VIEJA ACTRIZ

No es ningún secreto -familiares y amigos lo saben, y no dejan de asombrarse por ello- que a Raúl Enrique Preciado le encanta leer de todo, sobre todo novelas. Curiosamente, cuanto más voluminosa sea la obra tanto mejor. La sensación de irse metiendo a las atmósferas que el autor va creando, a la sutil madeja de sucesos en los que los personajes toman parte y poco a poco quedan atrapados, es algo que le fascina. Y cuando logra identificarse con alguno de los protagonistas -cosa que no siempre sucede, lo cual agradecen su esposa e hijos-, entonces en algún momento pierde por completo la noción del tiempo, olvida el sitio en el que se ha refugiado para leer, y empieza a compartir los detalles de cada experiencia porque inexorablemente se apropia de su esencia y habrá de terminar siendo el otro.

Hasta hoy, las pocas veces que esto había ocurrido se trataba de personales masculinos, dignos de admiración o lástima, con cuyas circunstancias Raúl Enrique llegaba a ser una misma piel, un sentimiento propio, única voluntad de supervivencia o conmiseración. Cuando eso ocurría, quienes lo estimaban preferían alejarse, dejarlo solo, porque no comía ni reaccionaba a nada que no fuera seguir con las narices pegadas a las páginas del libro.

Pero un día Raúl Enrique se identificó a fondo con una mujer, una actriz de teatro que se sentía envejecer, que deseaba hacerlo con dignidad mientras continuaba actuando, pero a quien los directores empezaron a negarle sistemáticamente los antiguos papeles protagónicos en el escenario. Llegó el momento en que simplemente ya no le permitieron actuar más. La situación destrozó la dignidad de la actriz, y su vida, que por supuesto era ya

la de Raúl Enrique, quien sufría la humillación con el sufrimiento de ella, asido a su envejecida piel.

Metido con pasión en la mente de la mujer, siendo ella pensó en escribir su propia obra teatral, crear para sí el papel protagónico adecuándolo a su talento y capacidad histriónica, recurrir luego a sus colegas para que entre todos montaran la obra. Pero en seguida supo que eso sí estaba más allá de sus posibilidades, pues la dramaturgia no era lo suyo. Durante cuarenta años había hecho de la actuación su modus vivendi y de la escena su segunda casa, cada tanto tiempo había palpado la gloria, las efímeras mieles del reconocimiento, y eso llegó a ser suficiente. Lo recordaba muy bien. Pero a su edad, había que ser realista, no se iba a poner ahora a escribir teatro.

Sólo le quedó entonces recurrir al artificio de imaginar que realmente actuaba su propia tragedia en el estrecho tablado fingido de la sala de su casa, la de ella por supuesto, donde sin embargo a prudencial distancia la familia de Raúl Enrique lloró al verlo representar, con evidente torpeza en la expresión corporal pero imbuido de una acendrada emoción artística monologante, la historia de la vieja actriz que, perdido sin saberlo el hilo de la confusa realidad, intentaba inútilmente representarse a sí misma.

OTRO TIPO DE EXPERIENCIA

Los sentidos son una fuente de placer a cualquier edad, pensó el hombre maduro. Acababa de ver pasar la voluptuosa figura de una jovencita con cuerpo de mujer. También ella tuvo un pensamiento singular tras pasar frente a él. Se dijo que sin duda la experiencia que podía tener un hombre como ése que la había mirado como si quisiera comérsela a mordiscos no era algo despreciable.

Su instinto hizo que el hombre siguiera a la chica, y el de ésta no le causó incomodidad porque se dejara seguir. A la tercera cuadra ella fingió mirar ropa interior exhibida tras una vitrina, escena que había visto más de una vez en el cine. Lógicamente, él se acercó sin prisa y sintió interés por mirar la misma ropa, aunque lo que hacía era usar el reflejo del vidrio para examinar a la chica. Y por supuesto, ambos pensaron que era el momento y lugar perfectos para conocerse.

— ¡Qué ropita tan sensual, ¿verdad? —comentó con la mayor naturalidad el hombre, sin mirarla, casi como si hablara solo. — ¡Tú te verías increíble en ella, aunque ya te ves increíble como estás ahora!

— ¿Le parece? —dijo la joven sin despegar la vista del cristal.

— ¿Lo primero o lo segundo? —intentó ser ingenioso, todavía sin mirarla.

— Ambas cosas —quiso seguirle la corriente la muchacha.

— Pues sí, me parece que en los dos casos se trata de verdades indudables —aclaró, y sólo entonces se volteó para hablarle de frente—. Pero sobre todo en el segundo, porque, insisto, ¡ya te ves increíble! ¡De otra manera no te habría seguido ni te lo estaría diciendo con el entusiasmo que sin duda revela mi voz!

— ¡Me gustan los hombres sinceros! Sobre todo si también son maduros y muy seguros de sí mismos.

— Y a mí las chicas guapas, sobre todo si además son jóvenes y sinceras.

— Coincidimos entonces en nuestra admiración por la sinceridad –exclamó ella, y lo tomó del brazo.

El hombre se dejó llevar, ligeramente sorprendido por la audacia de la joven, sin duda superior a la suya. La experiencia, muy pagada de sí en sus recias convicciones, siempre tiene algo nuevo que aprender, se dijo mientras sentía la grata redondez del duro seno apretarse contra su costado con la especial familiaridad que sólo producen quienes tienen en su haber otro tipo de experiencias.

La chica una vez más dio gracias al cielo, y por supuesto a la ciencia, por los implantes que robustecían tan ostensiblemente su vida y que tanto gustaban a los señores de cierta respetable edad.

— Me llamo Malena –dijo dulcemente, poco antes de llegar a su destino, cuando supo que ya venía la pregunta. Algunos hombres, a cierta edad, tenían la amabilidad de preguntar.

"¡Me leyó la mente!", casi dijo en voz alta el hombre, pero Malena ya abría la puerta del pequeño apartamento y le indicaba con un sencillo gesto que ahora él podría ir más allá de la simple admiración.

ESTA AUSENCIA NUEVA

Yolanda mira una y otra vez su viejo reloj de pulsera, tan viejo como ella. Se lo había regalado su marido cuando eran novios. ¡Cuánta agua ha fluido bajo el puente! Entonces eran muy jóvenes e inocentes. No sabían de problemas porque todo era pensar en el futuro. Se casaron dos años más tarde, se mudaron a la capital cuando él terminó sus estudios de farmacia y le ofrecieron un buen empleo en una gran empresa que se iniciaba. Tuvieron siete hijos -dos varones y cinco mujeres-, quince nietos y cuatro bisnietos. Una de las hijas, la más jovencita, había muerto en un accidente automovilístico regresando del Carnaval de Las Tablas un miércoles de cenizas. Lógicamente, fue un golpe demoledor para todos, sobre todo para su marido -la chica era "la niña de sus ojos"-, quien quedó permanentemente afectado por la impresión al ser él quien recibió primero la noticia. Su mala salud lo obligó pronto a retirarse del negocio, en el que había llegado a ser socio, y a quedar bajo el cuidado de su mujer. Un año después tuvo un infarto y a los pocos meses Yolanda enviudó. Y aquí estaba, a sus noventa y dos años, viviendo en una acogedora residencia para ancianos en donde prefirió trasladarse al morir su esposo, y no vegetar en casa de alguno de sus hijos donde sólo sería un estorbo. Aquí está a gusto: la atienden bien, tiene nuevas amistades que la aprecian, es visitada cada tanto tiempo por la familia. No tiene quejas de nada. Sabe que ha tenido una larga y sana vida, pese a la artritis que la agobia desde hace años. Y ahora espera una visita que ya se ha retrasado media hora, según confirma en ese reloj que todavía funciona perfectamente, y que, junto con varios álbumes de fotografías de los primeros años de noviazgo y matrimonio, es el único objeto relacionado con su marido que ha querido conservar. Una visita que, a su edad, aún le produce ilusión, lo cual no deja de sorprenderle. Gracias a Dios su memoria está casi

intacta y puede rescatar innumerables sucesos de su vida y de la de otros, así como ciertas emociones personalísimas que la embargaron en determinadas épocas. ¿Qué le habría pasado? En aquellos tiempos era un hombre extremadamente considerado y puntual, contrario a su marido, y muy apasionado. Porque Julio la quiso mucho, pero con el tiempo se hizo frío y sentimentalmente inaccesible. Las responsabilidades de la farmacia lo absorbieron por completo. Nunca tenía tiempo para atenderla, para que pasearan un poco. Y en la intimidad, ¡qué tristeza!, llegó a convertirse en un autómatas, siempre apurado y sin palabras agradables, ni siquiera para disimular. Cuando le regaló el reloj era otra persona, un chico cariñoso que a ratos podía ser tierno. Alguien que la hacía sentir importante, amada, y que además se lo hacía saber a menudo con toda suerte de gestos y atenciones. Este reloj fue uno de tantos obsequios antes de que se casaran. Después, con una sorprendente rapidez, vino la transformación, el alejamiento que la sumía en una congoja que no podía compartir con nadie, el tedio. Fueron naciendo los hijos, Julio se encariñó por turnos con cada uno, pero por alguna razón Yolanda siguió emocionalmente ausente de su austera vida. Y fue entonces cuando ella conoció a Javier, quien entró a laborar en la farmacia y poco después trastocó de raíz su existencia misma. Él era en realidad el padre de Rita Aurora, lo cual por supuesto nunca supo Julio, ni nadie. Ni siquiera Javier. Éste se había marchado poco después a estudiar Derechos Humanos, becado por el gobierno de Francia. Al principio se escribieron fervorosas cartas llenas de promesas y de planes inauditos. En algún momento Javier le pidió a Yolanda romper con todo, dejar a su familia e irse a vivir con él, ya que no pensaba regresar a Panamá. Ella, que sufría su ausencia con callado estoicismo pero no con resignación, lo meditó mucho. Nada la ataba ya a Julio, excepto por supuesto la excusa de siempre: los hijos. Y la verdad era que éstos, que habían llegado uno tras otro a su vida, aún la necesitaban. En una carta se atrevió a preguntarle a

Javier si la aceptaría si se iba a Francia con ellos. Nunca le contestó. Las cartas, que antes eran semanales, de pronto dejaron de llegar. La respuesta era clara; la actitud, tajante. Su angustia no había merecido siquiera unas últimas líneas explicativas. Creyó morir de tristeza. No supo más de él. Hasta ayer. Su voz en el teléfono era, por supuesto, la de un hombre viejo, tanto como ella. Pero eso no impidió que a Yolanda le diera un vuelco el corazón. La conversación había sido inusitadamente breve y al grano de parte de él, como si esta desconocida versión de Javier luchara sordamente por ganar tiempo. Le preguntó sólo dos cosas, ambas con una desconocida voz gangosa que además parecía muy cansada, acaso con genuina necesidad y urgencia: quiso saber cómo estaba ella y si podía hacerle una visita al día siguiente temprano en la mañana. No quiso responder a las preguntas de Yolanda, ésas que inexorablemente se hacen cuando han transcurrido tantos años y se han malogrado tantas emociones afines a una antigua relación. Y ahora, sumida en creciente angustia, la anciana confirma que el reloj de Julio le está indicando que Javier tiene más de una hora de retraso. Si la memoria no le es infiel, como lo fue ella durante tres años con su marido, Javier debe tener su misma edad. Puede estar enfermo, realmente urgido de tiempo. ¿Querrá decirle que nunca la olvidó, pedirle disculpas por su larguísimo silencio, o simplemente despedirse? Uno no busca a su amante de hace sesenta años sólo para saludarla. Tal vez se encuentre gravemente enfermo; pero aunque no fuera así, a esa edad siempre se está sobradamente en el umbral de la muerte. Ella lo sabe muy bien. Está lista para ese momento. Le ha pedido a Dios que se la lleve en el sueño, sin dolor ni apremio... ¡Javier! Quiero verte, decirte que has estado en mi mente todo el tiempo adicional que ya no estuviste en mi cuerpo; que no tengo nada que perdonar; que he llegado a entender lo difícil que hubiera sido que me escribieras explicándome que no podías admitir en tu nueva vida en otro país a tantos hijos ajenos... Decirte que Rita Aurora, la más joven, la que se

llevó Dios siendo apenas una adolescente, era tu hija; ella, la misma con la que más se encariñó Julián, y cuya súbita muerte terminó por acelerar la de él. Pero creo que ya no vendrás. Creo que ya no tuviste tiempo de despedirte en persona, Javier. Tendré que quedarme nada más con aquella otra despedida tristísima en el aeropuerto aquella tarde de marzo en que abrazándome con todas tus fuerzas me rogabas que no te olvidara, me decías que me querías mucho, muchísimo, me prometías que ibas a regresar, pero no regresaste entonces... ¡Sólo ayer con tu voz, con tu apremiante necesidad de verme, con esta ausencia nueva que otra vez me mata...!

ASÍ

Así quería sentirte otra vez, así, suave, suavcita, entrando en calor. Así, rico, ricura que te inunda, llena tú de mí, disuelto yo en tu húmeda espesura. Así, qué delicia, entro y salgo, soy un velero que despliega sus pendones, un resorte describiendo el volumen de sus resueltos engranajes. Sinuoso pulpo eres rodeándome cuello, espalda y cintura con tus brazos y tus piernas, con tus ansias multiplicadas, desatado placer que te amarra al mástil haciéndote soltar en seguida las amarras para volver a cerrarte sobre mi humanidad como un ardiente candado mientras te penetro noche a noche, decididamente, entre la bruma. Así me recibes, mujer, gimiendo callada o sonoramente, mientras cambia cada vez la escenografía para convencerme de que el deleite repetido es mutuo y, sobre todo, real. Los mismos actores, idéntica trama, similar gozo con variantes. Pero por más empeño que ponga, siempre ocurre también el mismo desenlace: a solas con mi soledad, como todas las noches despierto finalmente del sueño que, celoso, te guarda y nos separa.

NEGOCIO REDONDO

Negocio redondo. Bueno, nunca has sabido gran cosa de negocios, pero a veces el burro toca la flauta por casualidad. Piensas que al menos podrías hacer buen uso de una de las connotaciones de esta expresión poniéndosela como título a un cuento. Aunque no lo hayas escrito aún, sabes que puedes hacerlo. No será la primera vez que pones la carreta delante de los bueyes y tiras para adelante. Así es que de inmediato pones manos a la obra y empiezas a escribir.

Primero procuras entender a cabalidad el significado de "Negocio redondo". Te dices que puede entenderse como una transacción en la que amarras todos los hilos o cabos sueltos y consigues cerrar el asunto a la perfección, con ganancias económicas o intelectuales absolutas, sin que sobre ni falte nada. Por extensión, podría aplicarse a cualquiera situación en la que al desdoblarse su trama de forma indudable y cabal las circunstancias te favorecen. Hasta aquí el raciocinio. Pero, ¿y ahora cómo creas un cuento al que pueda dársele tal nombre? Pues muy fácil, te dices, empezando a especular mientras lo escribes.

Por ejemplo, habla en él del cuento mismo que escribes, hazlo mientras lo vas creando. Comienza por poner el título que ya tienes, y en seguida procede con lo primero que se te venga a la cabeza, plásmalo en el papel, desarróllalo, dale un cierto perfil. Luego, por asociación de ideas -las palabras siempre llaman a las palabras, las cuales en última instancia representan ideas o al articularse las crean-, transcribe todo lo que te nazca, sin depurar, ya habrá tiempo para eso. Y eso haces: escribes y escribes sobre lo mismo que estás escribiendo.

Cuando terminas por el tercer párrafo te pasmas. No sabes qué más escribir. Sin embargo sí sabes que a menudo esto es algo que le pasa a los escritores, pero resulta que ahora te pasa a ti. Tampoco hay todavía señal alguna de la relación con el título inventado a priori. No importa, te dices, debes continuar escribiendo sobre lo que escribes mientras no se te ocurra algo mejor, y lo demás se te irá dando por añadidura.

La verdad es que te está resultando bien difícil darle sentido a este experimento. Porque no es otra cosa, incluso podría no llegar a ser nada. Sin aparentes pies ni cabeza, el texto empieza a volvésete reiterativo, redundante, forzado. Pero precisamente esta es su naturaleza, su materia prima, te justificas...

Por eso optas por volver al significado del título, pero éste se niega a soltar ningún sentido distinto al que ya tiene la definición inicialmente esbozada. ¿Qué ganancia puede haber entonces en escribir a lo loco un sinsentido como éste, más allá de lograr tal vez que el texto se muerda la cola en el absurdo, cerrándose limpiamente. Eso que llaman desenlace. Acaso sólo resultará al final una suerte de minimetaficción antojadiza, híbrida, autoinducida y endogámica, cuyo único protagonista es el lenguaje o el absurdo mismo. De ahí podría inferirse el logro de cierta esfericidad formal y hasta conceptual, que no serán fáciles de deslindar. Tal vez. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con el título del que debe estarse generando el cuento? Seguramente nada, lo cual si bien se mira ya sería un logro dentro de la modalidad del disparate que sin duda sugiere el texto, muy de cerca emparentado con aquella vieja veta filosófica y literaria que en novelas y cuentos de hace medio siglo oscilaba entre una estética del absurdo y la corriente existencialista en boga en esa época. Y si esto es realmente así, si puede demostrarse, entonces este cuento que avanza a tropezones podría interpretarse como todo un éxito por su virtuosismo, con lo cual te anotarías una alta calificación, y habrías realizado así un negocio redondo. O lo que en este

caso es lo mismo, un curioso cuento cerrado. Ah, pero no olvides antes, en algún momento, protestar por algo, a favor de alguien desvalido, humillado, y además sembrarle aquí y allá al texto una que otra altiva palmera borracha de sol (pero no se te ocurra usar tan socorrida expresión). O tal vez un mar embravecido de perseverante conciencia social, para que no te impugnen por esteticista o artepurista los ideólogos del compromiso.

¡ESTO NO SE QUEDA ASÍ!

I

Restriegas una y otra vez, y otras más, tu piel lodosa y maloliente. Procuras deshacerte de todo vestigio ofensivo a tu cuerpo y a tu dignidad. Lo que ocurrió no tiene nombre, y tú fuiste una víctima totalmente arbitraria e inocente. Dejas que el chorro de agua continúe haciendo con ayuda del estropajo su trabajo depurador, un trabajo sólo externo, sin duda. Porque por dentro el agua no ocupa tu profundidad, es apenas un leve paliativo. ¿Y cómo diablos borrar las otras manchas, el recuerdo innoble, la maldita ofensa?

Lo cierto es que una mujer nunca es dueña absoluta de su propio cuerpo. Por más que se diga lo contrario, que se pregonen sus derechos, por más que una se cuide. Siempre existe el peligro de una agresión, de que no sea posible defenderse, impedirlo. Tú lo sabes muy bien. Lo seguirás sabiendo ya toda la vida, pese a las terapias y la mejor buena voluntad, pese a los cuidados que se extremen, pese al tiempo transcurrido. Lo sabrás porque el pasado está allí como una llaga, como un estigma que a diario se renueva en la memoria. Y porque puede volver a ocurrir. El futuro es un mapa abierto, en él se trazan caminos antes inexistentes, sitios recién colonizados a los que inadvertidamente puedes ir a dar. No hay control sobre lo turbio de lo ajeno, la circunstancia inédita. Simplemente no hay control fuera del propio ser, y aún ahí vegetan a veces las viscosidades, los imprevisibles fantasmas. Pero con todo y eso, no hay justificación. Al menos no en mi caso, no sé en el de las otras. Esto no se puede quedar así.

Te miras al espejo y te sabes hermosa, deseable, muy deseable, demasiado. Eso te da miedo. Te atemoriza porque a toda mujer le gusta ser deseada, le complace, a algunas incluso les fascina. No es fácil renunciar a eso, asumir otro comportamiento, ser diferente.

Y eso sin duda provoca pasiones, lujuria, lascivia que no siempre tiene claros límites ni se puede frenar si sobrepasa lo que realmente se quiere. La manera de andar, de vestirte, de mirar, de hablar, las cosas que haces, los sitios y personas que frecuentas, tus propios pensamientos, pueden ser el caldo de cultivo, la leña que se le echa al fuego que siempre está ahí alimentándose de sí mismo. Lo sabes, claro. ¿Pero por qué la agresividad, la violencia, la irrupción que ofende y daña? ¿Por qué la intención de ultraje acicateada por la resistencia, por el rechazo decidido? Y tantas veces sin provocación alguna, salta la liebre, el monstruo, la infamia.

Una y media de la madrugada. No es la primera vez que atraviesas el parque de vuelta de tu trabajo en el restaurante, es el trayecto más expedito hasta tu casa. Hay grandes árboles frondosos, poca luz en un paraje corto. Pero eso es nuevo, antes siempre estaba muy bien iluminado, notas que el foco de la luminaria se ha fundida, sólo entonces te das cuenta. Casi acabas de pensarlo cuando al pasar por ese sitio sientes brazos como garfios que te jalan hacia atrás en un instante, te meten a la oscuridad, te tiran al suelo. Gritas, te tapan la boca con algo redondo que sabe a caucho. Son dos, uno más fornido que otro, tienen cubierto el rostro. Jadeando, apurados, rasgan tu blusa, te bajan la falda. El fornido te desgarran los pantalones, el otro violentamente entra a saco en ti, su cuerpo es una máquina tenaz que duele. Después, brusco, con movimientos torpes, el fornido te voltea. Tiemblas. Por un momento sientes el aire frío y el terror erizar la piel de tus nalgas, y en seguida un aullido animal acompaña la penetración atroz que rompe y duele mientras gritas.. "¡Lo hicimos!", oyes que dice uno; y el otro, aún jadeando, sólo atina a exclamar "¡Qué buen culo, mírala! ¡Si lo sabré yo!" Te dejan ahí tirada, boca abajo, sangrando por el ano, sucia de lodo y semen. Humillada. Todavía ahora, incluso más que en aquel momento, porque al hecho se

suma el hijoeputa recuerdo que perdura, y es como si ocurriera otra vez. ¡Pero esto no se queda así!

II

Cuando meses más tarde empezaron a aparecer cadáveres de hombres de diversas edades y contexturas con el pene horrendamente cercenado, los investigadores asumieron que el asesino era un homosexual frustrado o una mujer que odiaba en extremo a los varones.

En todos los casos los peritos establecieron que el verdadero crimen, perpetuado siempre con una fuerte dosis de cianuro cuyos residuos estaban en uno de dos vasos que habían contenido licor, era anterior a la mutilación. Las muertes siempre ocurrían en sitios abiertos o en la parte de atrás de los carros de las propias víctimas. En total sucedieron ocho asesinatos en un año. Pero poco después aparecieron los cuerpos de dos hombres -uno fornido, el otro normal-, muertos a consecuencia de la ingestión de arsénico en sendas bebidas, y brutalmente cercenados, lado a lado en la amplia cama de un cuarto de hotel de ocasión.

Pasó el tiempo y no volvieron a repetirse los crímenes. Simplemente, pese a un largo compás de espera de las autoridades de la ciudad, nunca más sucedió nada parecido. Como ocurre tantas veces, el misterio no pudo resolverse jamás.

PORQUE YO LA VI

Todavía ayer la vi entrar muy humildita y retraída a la iglesia como lo hace todos los días. Siempre me pareció que su beatería, absolutamente fuera de tono a su edad y en un lugar cosmopolita como este, debía tener otras razones; ciertas claves que en algún momento podrían despejarse. Una muchacha así -19 años, hermosa, deseable, que estudia en una de las más caras universidades privadas-, no va a misa de seis –¡seis de la mañana, para colmo!- todos los días de Dios a menos que necesite con urgencia que sea precisamente el Ser Supremo quien la ayude a sacarse al Diablo del cuerpo. Sé lo que digo.

Porque yo la vi lujurando con alguien en lo oscurito de un toldo popular durante los recientes Carnavales, después la vi al día siguiente en minúscula faldita y un *top* de lo más sugerentes meneándose como loca con varios tipos frente a la tarima de espectáculos de Vía España, y ahora, en plena Semana Santa, acabo de pillarla muy bien acompañada en su BMW último modelo de rabiblanca pretensiosa –ella misma manejaba- saliendo del mismísimo *push* al que yo entraba con mi novia en el viejo lada rojo del 85. Pero seguro que mañana paso por la Samuel Lewis tempranito rumbo al trabajo y otra vez la veo entrando al Santuario muy compungida, porque además es de lo más puntualita en sus horarios.

Me he fijado en ella –alguien me dijo que se llama María Eugenia no sé qué, pero que le dicen “Genia”- porque tiene un atractivo muy particular que no sabría describir sin caer en lugares comunes. Y porque sin duda me gustó desde que le puse el ojo encima. Lo más probable es que no se haya fijado siquiera en mi persona, así son estas muchachitas de buena familia, como se decía antes. Sólo miran lo que, según creen los de la *hi*, deben ver.

O sea, a los de su clase. Aunque, la verdad, los que andaban con ella para los Carnavales no eran muy distintos en su apariencia y maneras a quien les habla.

La Genia esa debe tener la conciencia muy negra si necesita darse un baño de iglesia a diario. A lo mejor hasta se confiesa todos los días para que no se le junten tanto las culpas a la hora de los remordimientos. En fin, ella sabrá. Lo que sí es seguro es que algún día va a pasar algo para que se fije en mí como Dios (o el Diablo) manda. Algo que le va a mover el piso y sacudir el esqueleto. Ni yo mismo me imagino todavía qué será lo que la haga fijarse en este humilde y siempre disponible servidor, pero algo bueno será. Algo bueno para ambos, se entiende. Mientras tanto, espero seguir encontrándomela por todas partes como si nos persiguiéramos sin saberlo, para yo seguir mirándola con callada adoración. Ya llegará el día. O la noche. Y entonces mi adoración no será tan callada. ¡Qué va!

Bueno, debo volver a mi oficio de viejo sacristán en esta misa y concentrarme en lo que hago antes de que el padre Juan me regañe otra vez por andarme equivocando, a mi edad.

LA EXITOSA TAREA DE LOS CINCO MINICUENTOS

Roberto copió cuidadosamente las definiciones de las cinco palabras que había elegido del Diccionario de la Lengua Española, lo cual representaba la primera parte de la tarea de Español a una semana de iniciadas las clases. *Centinela*: "Soldado que vela guardando el puesto que se le encarga". *Colmillo*: "Diente agudo y fuerte, colocado en cada uno de los lados de las hileras que forman los dientes incisivos de los mamíferos, entre el más lateral de aquéllos y la primera muela". *Confidente*: "Persona a quien otro fía sus secretos o le encarga la ejecución de cosas reservadas". *Contemplativo*: "Que acostumbra meditar intensamente". *Cornudo*: "Dícese del marido cuya mujer le ha faltado a la fidelidad conyugal".

A continuación se dispuso a redactar con cada palabra escogida un pequeño cuento, de no más de un párrafo de extensión ("Veinte renglones máximo cada uno", había indicado el profesor), como ejercicio de creatividad que pretendía poner de manifiesto ciertos vínculos entre la lectura y la escritura. Otro requisito era que la palabra en cuestión sirviera como generadora del relato, y que ésta apareciera, en algún lugar del cuento, una sola vez. "Se trata en realidad de cinco minicuentos", explicó el profesor, "pero no por breves y concisos deben carecer de los principales ingredientes que suele tener todo buen cuento", les recordó. "Acuérdense de todo lo que discutimos ayer sobre este difícil pero fascinante género narrativo".

"La verdad es que este año sí me gusta la clase de Español", pensó Roberto. "Será porque me encanta leer, y también porque estoy descubriendo que también me agrada narrar. Esta tarea es un verdadero reto para mí. Veremos qué sale..." Y en seguida, tras reflexionar acerca del significado de la primera palabra, escribió:

Era inminente el ataque. La fortaleza, en verdad enorme, totalmente desproporcionada en sus dimensiones a la cantidad de hombres disponibles para hacer guardia, debía defenderse a toda costa hasta que llegaran los refuerzos. Esa noche, los demás soldados, sólo unas doscientas unidades, agotados por el fragor de la batalla que habían librado con sorprendente éxito esa tarde en las colinas cercanas, debían descansar, reponer fuerzas. Sin duda el ejército enemigo también necesita descanso, pero en un esfuerzo desesperado por terminar de aniquilarnos, bien podría lanzar dentro de unas horas la ofensiva final, aprovechando la oscuridad, reflexionó el capitán al mando de la guarnición. Aún así, sólo asignó diez centinelas para que vigilaran los puntos claves, y se encomendó a Dios. Una hora después ocurrió lo peor, y naturalmente sobrevino la debacle. Poco antes del final, el capitán, herido de muerte, maldijo su decisión. Si bien era consciente de que debido a la enorme superioridad numérica de sus enemigos de todos modos hubieran perdido la batalla, entendió que hubiera sido más honorable morir peleando. Incluso a él lo sorprendió dormido el demoleedor ataque, por lo que también moría -literalmente- de vergüenza.

Roberto se sentía satisfecho. El relato le había salido bien. Después, con calma, lo puliría a fin de perfeccionarlo al máximo. "La verdad es que, en principio, ninguna de las palabras-matriz debería ser más fácil o difícil que otra en el desarrollo de la historia. Es cuestión de imaginación, y de manejar con destreza los recursos técnicos", se dio ánimos. Acometió la segunda palabra.

Los colmillos de su perro eran en verdad temibles; para los demás, claro. A Juan y a su padre los respetaba, los defendía siempre, hasta podría asegurarse que les tenía cariño desde que, muy cachorrito, fue rescatado de la oscura suciedad de una alcantarilla por sus actuales amos. Pero cuando se le acercaba cualquier otra persona el animal se

tornaba agresivo, dispuesto a lanzarse sobre el intruso. Y lamentablemente eso fue justo lo que ocurrió cuando el tío Jorge tuvo la inoportuna idea de visitarlos. Sin sospechar siquiera que el animal existía, y mucho menos que esa noche andaba suelto como de costumbre en el patio delantero, llegó sin anunciarse. Para sorprenderlos (no los veía desde que emigró a los Estados Unidos hacía dos años), en lugar de tocar el timbre exterior se le ocurrió subirse a la reja y saltar dentro aprovechando la oscuridad. ¡Mejor no lo hubiera hecho! Los gritos, horribles, despertaron a todo el vecindario. Cuando Juan y su padre, pistola en mano éste, salieron a ver qué ocurría, con los ojos muy abiertos como renegando de su suerte el tío Jorge en el piso se desangraba por la yugular. Junto al cuerpo maltrecho, el perro, tranquilo ya, los miraba como esperando una felicitación.

"No está mal", se dijo Roberto. "Aunque la verdad es que me están saliendo bastante trágicos estos relatos, pero ni modo. Si así nacen así se quedan. No pueden tener un final feliz si no está en su naturaleza tenerlo". Y buscó sin prisa, muy seguro de sí, la tercera palabra.

Nunca tuve un confidente, un amigo de confianza a quien pudiera revelar mis penas. Alguien que me inspirara suficiente respeto como para ser digno de conocer mis preocupaciones, mis errores, mis proyectos más atesorados. Sólo en una ocasión creí encontrar a esa persona especial, una chica por cierto. Llegamos a ser muy amigos. Pero es difícil mantenerse fiel a la amistad cuando claramente empieza a nacer la atracción física, un deseo que debe resolverse más allá de cualquier confianza. ¿Cómo decirle que me moría por robarle un beso, que sus ojos eran bellísimos, que sus pechitos me hacían suspirar? Yo estaba convencido de que sólo era un amigo para ella, de que no iba a ser fácil despertar en su ser el tipo de emociones que yo estaba sintiendo. Y por supuesto, necesitaba consultar con alguien mis dudas, mis temores, mis angustias. Esta amiga de

antes hubiera sido la confidente ideal si no fuera precisamente ella el motivo de mi inquietud en aumento. Porque, ¿qué sabía yo, adolescente sin experiencia alguna, de cómo resolver ese asunto? Hasta que un buen día, para mi absoluta sorpresa, fue ella quien se me quedó mirando intensamente, quien me hurtó un beso, quien me abrazó con una ternura tan vehemente que todavía me colma el alma.

"Tampoco éste me salió mal", se alegró Roberto tras ponerle punto final al cuento. "Es sorprendente cómo estas pequeñas historias se van desarrollando de la nada, por pura asociación de ideas se van armando. Y cómo uno sabe muy bien cuándo terminan, porque el desenlace, que casi no podría ser otro, cierra limpiamente un pequeño ciclo", razonó. "Bueno, vamos con la cuarta palabra".

Siempre me han intrigado esos monjes que, en otras épocas, dedicaban largas horas a las más intensas y sinceras labores contemplativas en sus sobrios conventos o monasterios, como ajenos a las cosas terrenales, al mundo que transcurría extramuros. Sabemos de ellos porque la Historia supo, oportunamente, rescatar aquí y allá algunas de sus historias; o porque ellos mismos, estudiosos escribas, dejaron testimonio de su desinteresado quehacer. Rastrear indicios significativos de la vida y trabajo realizado por unas pocas figuras, sobre todo de la Edad Media y del Renacimiento, acaso las más conspicuas, ha sido la misión que me he impuesto desde que hace tres años encontré casi intacto el "Manuscrito de la Verdad Lejana" en una cripta parcialmente abierta en un remoto corredor del monasterio de El Escorial, durante una visita a España en mis tiempos de estudiante de antropología en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ahora, tras numerosas investigaciones y cuidadosos estudios y traducciones -el texto está escrito en arameo y se ha comprobado que es auténtico- estoy por revelar al mundo un secreto celosamente guardado. Un secreto que estremecerá los cimientos mismos de la civilización

y que, de paso, sin duda alguna, me hará inmensamente célebre. El mundo sabrá al fin, con certeza absoluta, que definitivamente no estamos solos en el Universo; ni siquiera en este privilegiado planeta tan largamente codiciado.

La emoción de Roberto iba en aumento. Le sorprendía la facilidad con la que pasaba de una historia inventada a otra completamente diferente. En él se arraigaba cada vez más la convicción de que le encantaba escribir, y esto lo hacía inmensamente feliz. "Voy con la última palabra", se dijo. "Con la última historia".

Azdrúbal Solórzano se sabía un cornudo. Desde hacía ocho largos, larguísimos años de convivencia con su mujer lo sabía. Si no la había dejado era por sus hijos, aún pequeños. ¿Quién iba a cuidar de ellos si abandonaba el hogar, si la madre a veces era tan irresponsable, y a menudo tan mentirosa? Con cualquier pretexto solía llegar tarde en las noches: que si reuniones de trabajo o con las amigas, que si el comité de damas de tal cosa, que si esto o lo otro... Siempre un excusa. Y si él se los llevaba, ¿podrían sobrevivir sin la cercanía de la mamá, quien de una forma u otra -no podía negarlo- se ocupaba a su manera de ellos y les daba cierto calor de hogar mientras él trabajaba en la fábrica? Seguramente no, pues siempre había pensado que, por múltiples razones, la madre es mucho más importante que el padre. Y la verdad es que a él Josefa tampoco lo trataba mal: después de once años de matrimonio todavía lo mimaba con cenas deliciosas pese a la sencillez de sus ingredientes, se ocupaba con esmero de su ropa y jamás le negaba, sin importar a qué hora regresara ella a la casa, la anhelada relación conyugal. Azdrúbal se sabía un animal de costumbres, y nunca trató de averiguar si su mujer le ponía los cuernos con un solo hombre o con varios. Llegó a la conclusión de que la seguía amando, y en su corazón cada noche la perdonó. Así, el perdón también, bendito sea Dios, se le hizo costumbre.

Exhausto, Roberto suspiró. Había salido dignamente del quíntuple ejercicio. Más que una tarea escolar, que confiaba suscitaría comentarios favorables en clase, había descubierto un destino. De eso estaba seguro. Sólo tenía diecisiete años y en unos meses se iba a graduar como Bachiller en Ciencias y Letras. Eso era importante, por supuesto. Pero lo más importante para él en este momento era saberse, sin lugar a dudas, escritor. ¡Un verdadero escritor!

SIN MEDIAR PALABRA

Nunca supe exactamente por qué lo hacía de esa manera, con tanta procacidad, pero en todo caso mi comportamiento, como era de esperarse, se volvía más y más provocador en cada espectáculo. Un verdadero desafío al más elemental sentido común, que como sabemos siempre ha sido el menos común de los sentidos. Y la sala se llenaba a rabiar. La cosa es que esa noche, al verme actuar sobre el escenario, los hombres, enardecidos ya hacia el final por el alcohol, las drogas y el desbordamiento de la lujuria, encontraban absolutamente imposible contenerse. Era realmente asombroso ver cómo, tras una lenta evolución hacia la violencia, bastante perceptible por cierto, entraban de golpe en el más bajo estadio de la animalidad.

Desde lo grotesco de los gestos hasta la vulgaridad de sus acciones, pasando por toda suerte de aullidos y gruñidos desatados sobre el aire enrarecido que con creciente dificultad respiraban, era como si hubieran cambiado de naturaleza, ni más ni menos. Y todo por mi culpa, claro. Yo era, sin lugar a dudas, la causante de su metamorfosis, de su furor, y todas las noches me exponía más y más a ser atacada y literalmente devorada por esos perros de presa porque yo no podía tampoco contener mis incitantes despliegues de vulgaridad.

Hasta que una noche -¡cómo olvidarlo!- ocurrió lo peor. Lo que jamás hubiera imaginado. Los guardaespaldas asignados para cuidarme mientras bailaba fueron incapaces de contenerlos: diez bestias enfurecidas rompieron el cordón de seguridad con puños y patadas, y se lanzaron sobre mi ondulante cuerpo desnudo. Creí que me destrozarían y grité como una loca.

Entonces, tras rodearme por completo y oler de cerca el sudor pastoso de mi piel, abrumados se fueron acucillando hasta quedar con los hocicos pegados a mis pies, por turnos lamiéndome los.

Por un tiempo que debió ser corto pero que pareció larguísimo, y cuyo absurdo contenido contemplé en éxtasis, mansitos quedaron todos poco después, babeantes perros falderos seducidos y doblegados por la lúbrica presencia de su ama.

En ese momento entró la policía y, sin mediar palabra, a tiro limpio acabó con ellos. Ahí quedaron regados, con la lengua afuera.

ASTILLA DEL MISMO PALO

¡No sé cómo pudiste hacerme esto! Siempre creí que teníamos una bonita relación, una amistad a prueba de intrigas y zancadillas. Un vínculo tan sólido como la confianza que tantas veces, en las peores situaciones, nos hemos demostrado. Pero mira cómo son las cosas. Un día me dices que soy un desgraciado, que nunca más quieres verme, y todo porque te reclamé que fuéramos a partes iguales en el botín. Era lo justo, también yo arriesgué el pellejo, tuve que herir a varios de los que nos reconocieron. ¿Y tú qué haces entonces? Te volteas como un energúmeno y, distraído como estaba en ese momento, me das una auténtica puñalada traperera. Y luego, como si fuera poco, me rematas con un infame tiro de gracia. Y heme aquí, todavía en el escenario del robo, literalmente sangrando por la herida, muerto. ¡Qué le vamos a hacer! Pero al menos confirmo que hay otra existencia. Me he vuelto parte de algo que tú ni siquiera sospecha, -¡pinche incrédulo de mierda-, algo que no te va a gustar en lo absoluto, algo nada placentero para gente de mala entraña como nosotros. Supongo que los virtuosos, tal como decían los curas, van a un sitio agradable... En todo caso, lo único satisfactorio es ver cómo te agarran con las manos en la masa -¡revisabas mi cadáver, desgraciado!-, te arrestan con lujo de violencia, te esposan, te llevan preso. Pacientemente veré cómo terminan condenándote y te aplican la máxima pena ahora que ha cambiado la ley y pagarás tu crimen con la vida. Espero que se me conceda esa gracia. Y la de ser también testigo de tu ajusticiamiento. Y cuando estés de este lado será mi turno. Tú que ya no querías saber nada de mí volverás a verme por toda la eternidad, como si te miraras en un espejo. Porque -astilla del mismo palo- me mandaste al mismo Infierno al que tu abominable traición te hará merecedor, papá..

EN UNA NUEZ

Se puso a escribir todo lo que se le venía a la mente, sin plan alguno ni metas. Así hacía a menudo. Y así se estuvo por horas hasta que no supo ya qué más escribir. Entonces leyó lo que llevaba escrito -doce hojas de amplia caligrafía-, y concluyó que si bien no era una historia como las que solía crear (el texto en realidad hablaba sólo de sí mismo, lo cual no era bueno ni malo), estaba plagado de reiteraciones que no conducían a sitio alguno, lo cual sí resultaba fatal. Arrugó entonces entre sus manos el manojito de papeles garabateados hasta hacer de ellos una bola compacta. Estuvo a punto de botarla al cesto de la basura pero en ese momento, recapacitando, lo pensó mejor. Desarrugó de golpe el bulto crepitante y lo extendió frente a sus ojos sobre la mesa de trabajo para volverlo a leer. Minuciosamente, como quien cincela la materia prima de una posible escultura cuya esencia debe ser descubierta y en seguida revelada en su perfil último, pluma en mano fue resumiendo el texto, apretándolo, reduciéndolo a su mínima expresión mediante abundantes tachaduras aquí y allá, ponderadas sustituciones de términos y una que otra palabra nueva insertada donde a su juicio correspondía. Depurado de ripios, el texto era ahora un solo párrafo extenso y a la vez apretado al máximo en su significado esencial. No decía mucho, concluyó sonriente, pero en cierto sentido lo decía todo. Todo lo que él quería decir, ejemplificándose a sí mismo. Acaso un desperdicio inútil para el lector desprevenido, pero y sutil paradoja sobre el arte de escribir para quien quisiera entender. Todo ahí mismo, en síntesis, concentrado en una nuez.

A TIENTAS

Patricia fue buena parte de su vida una chica lista. Si su intuición la guiaba como el mejor de los lazarillos a plena luz del día o en medio de la más absoluta oscuridad, le sobraba inteligencia para resolver las complejas novedades que no pocas veces se suscitaban y los súbitos sinsentidos que, fieles a su naturaleza, no parecían tener nunca ni pies ni cabeza. Además, es justo admitirlo: la suerte -fiel compañera en lances y trances sin fin -jamás permitía que un mal paso resultara funesto ni de provecho cualquier efímera realización. Adicionalmente, supo durante muchos años extraer de sí e interpretar, para deleite de todos y para su propia satisfacción, los más prístinos sonidos convirtiéndolos en dulce música del alma.

Pero dicen que nada es para siempre ni está grabado en piedra. Con el paso del tiempo Patricia entró de golpe en la madurez y ésta, no exenta de una comprensible impaciencia, la indujo a enamorarse sin remedio ni medida. De ahí en adelante nada fue igual.

La joven libérrima que alguna vez fue tiene hoy cuatro hijos tan malcriados como malagradecidos, que si no respetan la certeza de su propia sombra mucho menos las canas y esforzados trajines de la madre. Como sólo tuvo en contadas ocasiones un simulacro de marido , sin duda ahora no es momento de lamentarse. Tampoco lo es de fingir demencia, tirar la puerta a sus espaldas e irse, aunque sabe que no sería mala idea. ¿Qué hacer entonces?

Una tarde cualquiera Patricia sale a caminar por el campo y, haciendo acopio de antiguas sensibilidades, va sacando de su centro las hojas y raíces de las embotadas tonalidades de antaño y las convierte poco a poco en melodías. Cuando regresa a su casa

los hijos, ya grandes, se han ido y ella, ya vieja, tranquila se sienta a descansar. Sueña que a tientas camina temerosa por un bosque que no termina nunca, y que después de un rato, cantando, sabe que ya no va a perderse.

En algún momento comprende que realmente ha vuelto a casa porque, despierta por completo, sigue siendo la voz de su canto y, plétórica de radiante luz musical, se basta por completo a sí misma para esperar pacientemente el final..

LAS COSAS POR SU NOMBRE

I

Las cosas por su nombre, eso digo, eso pienso, nada de hipocresías. Me pides consejo, pues te lo doy. Para eso soy tu amigo. Pues mira, a mi entender así están las cosas. Más claro, sólo el agua. ¿Para qué andarle dando vueltas a lo que es tan obvio? La mujer quiere contigo, está clarísimo, todo lo que hace y dice lo sugiere. Pero tú, tan mojigato siempre, tan correcto, un dechado de nobleza y buenas costumbres, nada de nada. Ya es tiempo de que vayas despertando del letargo, pongas los pies en la tierra, los ojos en los de la tipa, las manos en su tan fogoso cuerpo que te está deseando a gritos; y el pito ese que no sé para qué te lo ha dado Dios, en su divino monte del ensueño, sólo que tú pareces sordo y ciego, o de plano careces de hormonas. Hazme el favor de portarte a la altura, como todo un machito, no vayas a dejarnos mal a todos. Acércate a ella, síguele la corriente, piropéala, y verás que cae redonda y ella misma te da la pauta. Eso es lo que tienes que hacer, te lo digo yo que sé de estas cosas por el montón de años que llevo en este mundo dando y recibiendo golpes y ternuras...

II

Lo malo es que le hice caso, y debo haber hecho muy mal las cosas o no estaba preparado para lo que venía, y por ahí mismo se me vino encima. Porque la mujer esa es una fiera, todo instinto y cero contención. No me dio tiempo a reaccionar, a tomar la iniciativa, porque en seguida me fue llevando ahí cerca a un lugar de esos, ella misma me pidió por adelantado el pago y no bien entramos ya me estaba desvistiendo, no sé cuál era la prisa, me hizo de todo a la velocidad del rayo, tal vez porque se lo exigía el cuerpo o porque después habría otro, la cosa es que me fui sintiendo agredido, acosado, ultrajado.

Era mi primera vez y la verdad es que yo no sé funcionar así, no soy una cosa, soy una persona tímida y sin experiencia. Siempre tiene que haber una primera vez, claro, pero en esa ocasión todo salió fatal, un verdadero desastre. Ya no me quedaron ganas de estar más nunca con alguien. Y bueno, ahora la conozco a usted, hemos congeniado, en algún momento podríamos intimar. Usted parece diferente, más reposada, conversadora. Usted es sin duda una mujer culta, y la verdad es que me cae bien, creo que tampoco yo le disgusto, pero dígame, ¿usted no es de esas, ¿verdad? Necesito saberlo desde ahora, para no entusiasmarme demasiado. No hay que pagarle para disfrutar en algún momento de su afecto, ni le interesan todas esas depravaciones, ¿verdad? Porque yo soy un ser sensible, tranquilo, más bien espiritual, ¿sabe? Las inquietudes del intelecto me fascinan, la filosofía, las artes plásticas, la ópera, y por supuesto la reina de todas ellas: la poesía. Me gusta conversar y que me conversen, las cosas del cuerpo no son por ahora una prioridad. Le confieso que yo tenía un amigo que me aconsejaba, él quería que yo llegara a ser muy machito pese a mi juventud, pese a mis gustos diferentes. Eso fue ya hace años, mi amigo pasó a mejor vida y ahora sólo me resta aconsejarme a mí mismo. Por respeto nunca le dije que no debía confundirse la tan cacareada hombría con la vulgaridad, la mujer digna con la zorra. Tampoco pude explicarle que cada quien es como es, y que uno acaba eligiendo sus afinidades y también, en ciertas circunstancias, sus proclividades de acuerdo a su naturaleza. Y ahora se lo digo a usted, que me inspira confianza, que me escucha con respeto y paciencia. A usted, que es una bella mujer que bien podría ser mi madre o una hermana mayor. Por eso, ahora que pone su sobre mi muslo y sobándome empieza a mirarme con ojos de páfida provocación, le digo, parafraseando a mi querido amigo, que a veces hay que llamar a las cosas por su nombre, lo cual no deseaba hacer en esta relación de amistad que espontánea nacía. Y es que por lo visto, y no sabe cuánto lo lamento -y por

tanto me despido-, usted, como la otra -se lo digo con todo respeto-, no es más que una puta.

EL DISTRAÍDO

—¡Me la vas a pagar!

—¿Qué bicho te picó?

—¡Vas a ver!

—¿Qué te hice?

—¿Todavía lo preguntas?

— Sí, dime.

—¿Cómo puedes fingir que no lo sabes?

— No lo sé, tú dime.

—¡Eres un desgraciado!

—¡¿Pero por que?!

—Anoche.

—¿Anoche qué?

— Anoche me humillaste.

—¿Yo?

— Tú.

—¿Cómo, cuándo?

— Te faltó “dónde”.

—¿Dónde, pues?

— En la cama, acuérdate.

— No entiendo.

— No te hagas el pendejo

—¿Qué hice?

—Me llamaste Rita cuando te venías y enseguida te dormiste.

—¿Y?

—¡Me llamo Flor, imbécil!

IMPULSOS

El niño se le quedó mirando un momento y en seguida los ojos se le llenaron de lágrimas. Su papá se iba de la casa, había peleado nuevamente con su mamá y esta vez sí se iba de verdad. ¿Cómo impedirlo? ¿Qué decirle para tratar de hacerlo cambiar de idea? Detestaba verlos reñir, gritarse, ofenderse todo el tiempo, esto lo tenía muy claro. Pero no era capaz de poner en palabras el caos de sus emociones. Ni antes ni ahora sabía qué hacer.

-Me voy, hijo. Ya te llamaré un día de estos. Pórtate bien.

No pudo contestar. Su padre se iba de la casa, esta vez sí se iba. "Tal vez nunca más regrese", pensó angustiado.

Vio cerrarse la puerta y poco después oyó el conocido ruido del motor al encenderse, alejarse.

Su madre lloraba en la cocina cuando entró. Fue a abrazarla pero ella se puso en pie e, ignorándolo, pasó rápidamente junto a él, atravesó el comedor y casi corriendo subió a su cuarto. Afligido, el niño escuchó casi en seguida el rudo golpe seco de otra puerta.

Media hora más tarde, tras empacar de cualquier modo algunas cosas básicas en una pequeña bolsa de lona oscura que se echó al hombro, el niño se marchó de la casa sin despedirse. Había sido un impulso. En esa casa los impulsos eran cotidianos, inevitables, eso lo aprendió desde que era un bebé.

Esa noche la madre, desesperada, lo buscó por horas en los alrededores. Al final optó por ir a la policía con una foto de su hijo. Una semana después el niño seguía sin aparecer. De hecho nunca más apareció. Hasta hoy, en el funeral de la madre, diez años más tarde. Ahí se encontró de frente con su padre, quien en un impulso quiso abrazarlo. Pero el adolescente que ahora era su hijo se lo impidió con firmeza.

-Ambos la matamos, papá -le dijo. -Primero la abandonaste tú, nos abandonaste. Y esa misma noche lo hice yo. Desaparecí por un montón de años. La verdad es que la culpaba por tu partida. Yo siempre me llevé mejor contigo, ¿recuerdas?, y eso le molestaba mucho a mamá.

-¿No regresaste en todo ese tiempo?

-Tampoco tú. No, nunca más me comuniqué con ella. Mi crimen fue peor que el tuyo, porque uno no le hace eso a una madre. Pero es que yo, en mi inocencia, quise salir al mundo a buscarte para traerte de vuelta a casa. Pensé que podría lograr que finalmente hicieran las paces. Y nunca te encontré, y mientras tanto ella se fue muriendo, de soledad primero. Luego, de no sé qué maldita enfermedad. No tuve conciencia del tiempo transcurrido, caí en el vicio para poder sobrevivir, me hice hombre a tropezones, demasiado a prisa, de mala manera ... ¡Ambos regresamos demasiado tarde, papá!

-¡Hijo, perdóname! Empecemos otra vez -imploró el padre.

-Ambos la matamos -musitó el chico, compungido- ¡Pero yo la maté peor!

Entonces, de pronto, el chico extrajo de la chaqueta una pistola y, ante el horror del padre, intentó pegarse un tiro en la cabeza. No lo logró, porque más rápido fue el impulso que, desviándole súbitamente su dirección al arma, llevó al hombre a rescatar de su locura al hijo.

Después vino el llanto mutuo, el sosiego empezando a permear el prolongado silencio, el abrazo, el difícil perdón.

LA MEDIA VUELTA

Eso de siempre decir *nosotros* cuando se refería a sí mismo era el único comportamiento que no le soportaba. Me parecía una aberración, una auténtica grosería disfrazada de humildad que se escuda en un colectivismo absurdo. Y para colmo usaba siempre el mismísimo pronombre personal como para enfatizar la pluralización del hecho, cuando perfectamente podía usar sólo el verbo conjugado: "Nosotros fuimos incautos al pensar de esa manera en aquella difícil época" decía. O bien: "Nosotros entendemos muy bien lo que traman los empresarios, pero como abogado que somos, siempre conscientes de las conquistas del fuero sindical, haremos prevalecer los mejores intereses de nuestros representados"... Y dale y dale con el bendito nosotros del carajo que ya me tiene hasta la coronilla mientras dura cualquiera de sus kilométricas conversaciones o discursos. Es un hábito tan arraigado en su habla cotidiana, que hasta se expresa así en pláticas íntimas con familiares y amigos. He sido testigo de eso. Pero el colmo fue la vez que me dijo, emocionado y con un ridículo temblorcito en la voz mientras me tomaba la mano: "Nosotros te amamos, Tere, haríamos cualquier cosa por conquistar tu cariño..." Recuerdo que le contesté, tajante: "Nosotros no, y haremos cualquier cosa para demostrarlo". Y lo que hicimos –perdón, lo que hice– fue dar media vuelta y dejarlos hablando solos, como corresponde a un ente plural que no necesita interlocutores, ni quien los ame, porque se aman demasiado a sí mismos. Y colorín colorado, a otra cosa Sinforosa.

PREGUNTAS

Siempre quiso saber, de eso especulábamos inútilmente por horas, así es que ahora una y otra vez le explico pacientemente, con lujo de detalles, cómo es el ambiente allá arriba; la belleza espectacular del paisaje, la impresionante sensación que deja ese sitio bendecido por la mano de Dios.

También le cuento de los espejos. De cómo regreso acá y entro en ellos con cierto sentimiento de nostalgia, sobre todo en las noches, cuando todo está en silencio.

Y por supuesto, le platico del conjuro alucinante de las rosas, alineadas todas como soldados que cuidan la fortaleza frágil del jardín desde la retaguardia, descuidando el flanco lateral izquierdo, que es por donde me meto como Pedro por su casa. Porque, claro, ahí hay un pasadizo secreto que nadie ve pero que conduce a los jazmines y a las margaritas que compiten prendidos en aromas por las tardes cuando llego a reposar un poco de tanto vagabundeo obligado de aquí para allá, de allá para acá, sin orden ni beneficio. Y es que, la verdad sea dicha, ¿qué sentido tiene este eterno peregrinar por todos lados “por órdenes superiores”, sin que uno tenga voluntad alguna ni sentido de finalidad?

Todo eso lo digo al pie de su cama –nuestra cama antes–, pero en balde; porque él como si nada, no me oye, no me ve, ni siquiera me presiente. Claro, está demasiado ocupado con su nueva amante, la que me reemplazó no bien me había marchado. Con ella sí que se la está pasando bien, metido en cuerpo y alma en la novedad, en el delirio de la piel gozosa y el recíproco placer; ajeno a la vieja rutina, a mi presencia; a mis celos que pese a todo continúan existiendo más que nunca...

¿Será que esta es una forma de pagar culpas, la definición literal de un alma en pena? ¿Tanto que le fui infiel, tanto que hice sufrir al pobre hombre, y ahora debo estar

aquí viéndolo ser feliz, condenada a la incomunicación, a saber que por mí no pasa ya el tiempo? ¿Todas las noches la misma rutina, la misma expiación, la misma condena, como si fuera siempre la primera? ¿Será que esto es en realidad el infierno, interminable sufrimiento que contrasta con la felicidad terrenal, la de los otros, la que eternamente envidiaremos? ¿Preguntas, sólo preguntas, nunca respuestas?

LA VECINA DE ENFRENTE

La vecina de enfrente está atenta a mis cosas todo el santo día. Me vigila, me habla siempre que me ve salir, solícita se ofrece a realizarme cualquier servicio o favor.

He sido paciente con ella, tolerante en extremo. Porque uno no es malagradecido ni nada, pero también necesita su privacidad, ¿sí o no? Bueno, pues la cosa es que la situación ha llegado a su límite. ¿Puedes creer que ahora también me acecha de noche? Su asedio ha degenerado en lo peor.

Entonces el hombre que tanto se quejaba de las excentricidades de su vecina se cambió de ropa. Delicadamente se maquilló. Con femenino encanto se miró al espejo antes de salir, cerrar la puerta, sacar del bolso la llave del apartamento que ocupaba la culpable de sus desvelos. Entró con toda naturalidad, y un rato más tarde se le vio en la ventana muy atenta a cualquier necesidad o deseo del vecino de enfrente, no fuera a ser que pudiera aliviarle en algo esa terrible carga de vivir tan solito, al grado de que ya empezaba a comportarse de forma extraña, a hablar solo, a no querer salir casi, tan simpático que era cuando estaba de buenas, tan fino él.

UNA HISTORIA SALIDA DE LA NADA

Ya se sabe que el amor y el deseo no son la misma cosa. Pero tantas veces se parecen que a veces uno mismo es quien debe trazar los límites para evitar confusiones. Digo a veces porque hay ocasiones en que más bien se busca disolver las fronteras, no saber la diferencia, vivir a plenitud la ambigüedad. Así ocurrió en mi relación con Liza. Era tan bella y estaba siempre tan disponible y había tanto fuego en su ternura, que sólo un loco hubiera querido pensar que el amor y la lujuria podían distinguirse y habitar momentos separados. Aunque por supuesto lo nuestro fue pura pasión arrebatada y nada más. Esto lo sé ahora. Tardé una vida entera para darme cuenta.

El escritor leyó en voz alta el texto recién redactado y no supo ya seguir. No es fácil crear una historia salida de la nada. Él hubiera querido vivir una relación como ésa, efectivamente tardarse toda una vida para entender la naturaleza real de sus componentes. Pero su existencia, si bien larga y literariamente productiva, había sido en realidad un fracaso. Ni con amor ni con pasión pudo cobijar su vida, y por eso intentaba ahora suplir con palabras ese enorme vacío. ¿Pero cómo llenar de sentido, de credibilidad, lo que jamás conoció? ¿Bastaba la imaginación? Por suerte, en muchas de sus obras "la loca de la casa" acudió puntual en auxilio de su memoria en deterioro, no pocas veces logró describir así los vericuetos de cierta realidad que nada más intuía o hubiera querido conocer. Pero pese a los mayores esfuerzos imaginativos, en materia de amor y sexo tampoco en el papel había tenido éxito hasta el momento. Sólo le salían cursilerías, melodramas indignos de su talento.

Se dijo entonces que había muchísimos otros temas en el mundo. Cualquiera, sometido a su ya larga experiencia en el oficio, daría en el blanco anhelado al integrarse a

un cuento o a una novela de su autoría. Eso lo tenía claro, no era vanidad. Pero cómo negar que su conciencia de la incapacidad para abordar el verdadero drama de su vida empezaba a cortarle las alas, a crearle una marcada indiferencia por otros temas. Ya no podía simplemente ponerse a escribir por escribir, como un virtuoso. Cada vez más estaba inmerso en un vacío real, doloroso, y éste lo estaba precipitando lentamente hacia un similar abismo como escritor. Si inventar era una habilidad congénita, envidiable, sin la cual ningún artista puede triunfar, vivir con intensidad una gran pasión o un gran amor - para el caso era lo mismo- resultaba más importante, tanto para sobrevivir con alegría como para escribir. Porque finalmente no se inventa realmente nada. Se escribe sobre la vida, y la suya no lo era. No como la hubiera querido. La tristeza, mala consejera, lo abrumaba...

Abrí con la llave que me había entregado meses atrás el señor, a fin de asear, como todos los viernes, su pequeño apartamento de soltero. En su estudio, doblado sobre la mesa de trabajo, en un charco de sangre encontré su cuerpo con un balazo en el pecho, la pistola en la mano. Junto a él, empezando a mancharse, el texto que me he permitido transcribir.

¡Pobre hombre, no entiendo su decisión! ¡Que Dios lo tenga en su gloria! Ahora, como Dios manda, llamaré a la policía, aunque tenga que someterme al fastidio de los interrogatorios y a la innecesaria obligación de recrear para ellos el inicio de esta pesadilla.

NO SE CULPE A NADIE

Tú no lo sabes, pero a veces yo te miro un buen rato hacerte la graciosa, fingir que todo está bien, que eres feliz. Mi contemplación no te toca, no logra perturbarte, porque siempre estás representando un papel y la verdad es que eres buena actriz y sabes olvidarte del mundo, de la persona que realmente eres, la que yo conozco, la que amo a pesar de todo.

Me encanta que no sepas que te estoy observando, no me importa que eso signifique acentuar tu indiferencia, el desconocimiento que de por sí tienes de mi existencia. Me refiero a mi verdadera existencia, claro, no al simulacro de vida que llevo a tu lado durante todo este tiempo. ¿Veinte años? Más o menos, sí, ya no llevo como antes la cuenta de los días y las horas, el inventario de las veces que nuestra relación naufraga en la rutina, en el hastío de una convivencia estática y aburrida, previsible.

Si conozco a la mujer que nunca representas, a la verdadera personalidad que se esconde tras las máscaras que ven todos los demás, no es porque sea una gran sicóloga o porque conozca a fondo tu biografía o tu intimidad. Simplemente he llegado a comprender lo que en verdad te ocurre, lo que temes, lo que secretamente anhelas cuando estás conmigo, o refractaria a mis gestos y costumbres más arraigadas y más bien como metida en ti misma, ajena a mi presencia aunque compartamos la misma casa y –cada vez menos– la misma cama. ¿Pero cómo no reprocharte tu hipocresía, los parlamentos y acciones de la actriz que veo actuando frente a otros, la que últimamente siento que eres en el hogar pese al mutuo esfuerzo de llevar bien los rigores de la convivencia? ¿Cómo no ir tramando un desagravio, el desquite por todo el tiempo perdido, el castigo acaso por tanta falsedad? Las cosas tienen un límite, también el amor.

Nada de esto importaría si no te amara, si hubiera todavía una oportunidad, una suerte de esperanza. Ya es tarde, la desilusión se ha instalado y no hay vuelta atrás. Ante esto, lo más sencillo sería sin duda enfrentar el fracaso, marcharme de tu lado, buscar otros horizontes. Pero no lo es, todo lo contrario. Separar mi vida de la tuya es imposible. Nadie rompe por siempre consigo misma. No hay tal impunidad porque –debo reconocerlo– somos la misma persona, una misma conciencia duplicada, escisión que sólo desaparecería si me quito la vida.

¿Quitarme la vida? Al matarte (¿matarme?) me mato (¿te mato?) y nada sobrevive y todo es más inútil que ahora. ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo seguir en este desgarramiento permanente, atrapada en la desesperanza de una nula reconciliación?

* * *

Las dos no podemos convivir indefinidamente en el mismo cuerpo, campo de batalla doméstico de una personalidad fragmentada. La vida es demasiado corta para, encima, amargárnosla sin hacer nada al respecto.

Asumo las consecuencias de mis actos. Me quito la vida para que la otra no me venza, no me humille sobreviviéndome. Esta es mi venganza, mi sacrificio. No se culpe a nadie.

YA PARA QUÉ

Le digo que se vaya, que me deje en paz, lárgate de una vez, no quiero volverte a ver, y ella se me queda mirando, en realidad estupefacta, sus ojos en los míos cerrados para siempre, sin poderme escuchar ya por más que le repito una y otra vez lo mismo, una y otra vez, por gusto, imaginando sus lágrimas caer sobre mi rostro pálido, imperturbable, porque está llorando, claro, la conozco como la palma de mi mano, y ella a mí, hasta que decidí que su odio era más tajante que el mío, que el amor que nos tuvimos, y todo porque la engañé demasiadas veces y no se lo merecía, nadie que es traicionado lo merece, eres un cabrón me dijo la primera vez, un malnacido, y luego pareció calmarse, y nos reconciamos en la cama con lujo de gemidos, como siempre, pero esta vez, ¿la milésima?, al otro día envenenó el café sin el cual no me voy nunca al trabajo, y sin duda se arrepintió en seguida, por eso no oyes cómo te estoy largando, por eso lloras ahí parada, arrepentida como una pinche Magdalena, ¡ya para qué, coño!

DE ARAÑAS Y MUSARAÑAS

Nadie sabe por qué ocurren las cosas cuando no han sido deliberadamente provocadas, pero lo cierto es que hay millones de hechos que pasan todos los días en todas partes del mundo y nadie sabe por qué. Además, la gente ni siquiera se entera de la mayor parte de ellos. Esta es una idea que acabo de pensar. En las noches me cuesta dormir, y para no quedarme un montón de tiempo aburrido, antes de que me agarre el sueño me gusta ponerme a pensar en situaciones curiosas, absurdas o inexplicables. Es lo que hago ahora mismo, con la luz prendida aún, mientras llega el sueño. Pero la verdad es que eso de que pasan cosas que uno no controla es algo tan cierto como que en este momento me encuentro en mi cama pensando en las musarañas cuando de repente lo que veo sobre mi cabeza, en el cielorraso más bien bajo de mi cuarto, no es precisamente una musaraña (nadie parece saber a ciencia cierta qué demonios es una musaraña, y ni en el diccionario está muy claro), sino una enorme araña espantosa que me mira y que en cualquier momento podría dejarse caer sobre mi cara. ¡Dios del verbo! Con los ojos muy abiertos (los míos, no los del bicho), me paralizó. En seguida empiezo a sudar frío, no puedo respirar. Casi que tampoco puedo pensar. Sin embargo, haciendo un gran esfuerzo lo hago, y en un instante giro a la derecha sobre mi costado y de un salto me pongo en pie. La busco con la vista y ya no la veo. ¿Dónde diablos se ha metido la condenada? Camino por todo el cuarto, de un extremo al otro, mirando para arriba, pero en el cielorraso definitivamente no está. Tampoco sobre las sábanas ni en la almohada ni debajo de éstas, ni debajo de la cama donde la busco con la luz de una linterna. En otras partes del piso no la veo tampoco, ni en los rincones. Pero en realidad podría haberse metido en cualquier parte la maldita, estar convenientemente escondida en el sitio menos pensado, acechando agazapada, hecha una asquerosa bola

peluda. ¿Díganme ustedes con qué tranquilidad puedo ahora volver a meterme a la cama, entre las sábanas; dormir tranquilo o pensar en las musarañas? ¿Cómo sé yo lo que está planeando ese bicho? ¿Y si espera hasta que me duerma para subírseme al cuerpo y aunque llegara a sentirla moviéndose lentamente sobre mi piel, creyera que sólo se trata de un sueño y me quedo tan tranquilo y me pica y me muero? Todo es posible. Obviamente ya han pasado cosas como esa. ¿Y si me pasa a mí? Ya estoy muy grandecito para irme a dormir con mis padres, aparte de que tarde o temprano tendré que volver a mi cuarto, a mi cama, a mi miedo de ahora ... ¡Dios mío, qué hago! Nunca pensé que otra vez querría ver claramente a esa cosa allá arriba para al menos saber a qué atenerme, vigilar su acecho, cuidarme, defenderme, tal vez para intentar matarla de una vez por todas. Y pensar que todo empezó mientras pensaba como siempre en las musarañas ... ¿Estarán emparentadas más allá de la obvia coincidencia en la terminación ortográfica? ¡Arañas, musarañas! A lo mejor son hermanas de padre. O primas lejanas ... No, absurdo, no es hora de estar haciendo jueguitos tontos de palabras. Bueno, ¿pero entonces qué hago? Arañita de mierda, ¿dónde estás? Ya me cansé de buscarte. Ni modo, creo que me voy a hacer el sonámbulo después de todo para irme a dormir con mis padres. No vaya a ser que la vaina esa esté por aquí todavía y me salte encima desde algún lado. Algún cuento les inventaré... Pero, ¿y mañana? ¿Qué haré mañana con esta angustia, con este no saber dónde se ha metido, que trma?

POR BIEN SERVIDA

Siempre hay una historia escondida en el sortilegio oscuro de las palabras. De ciertas palabras, claro, pues deben combinarse de tal forma que permitan sugerencias e interpretaciones, avances y retrocesos propios de todo lo que ocurre o es susceptible de suceder. Por eso es bueno plasmar las ideas lo antes posible con los términos más cercanos al concepto. No de otra forma se estimula la creatividad y, por ende, se convoca a la Musa, que no siempre anda por ahí tan solícita.

Lo digo por experiencia. Una experiencia de siglos, créanme. Que lo digan si no Homero y Sófocles y Milton. Que lo confirmen Cervantes y Shakespeare en cualquiera de sus obras. Y cualquier otro talento desde entonces. Hasta el día de hoy. Soy Clío, una de las siete musas de antaño; y como este texto no me simpatiza mucho, me retiro antes de que me agarre el autor y me secuestre.

No sería la primera vez. Así pasa con cierta escritura que, siendo más bien pobre, parece buena. Es porque en algún momento nos secuestran a mí o a una de mis hermanas, y entonces nos resulta imposible no brillar de todos modos con luz propia. Es fácil que suceda. Somos frágiles, serviciales, no siempre oportunas, un poco tontas a veces. Y cuando nos damos cuenta, ya estamos como hipnotizadas amamantando a la imaginación de alguien que no necesariamente tiene talento. De todos modos, sin duda hay que agradecer al padre Apolo que a veces acertemos.

Pero, pensándolo mejor, en este caso mejor me quedo. El relato ha tomado en realidad otro rumbo y ya va por buen camino. Hasta estoy de protagonista de repente. Eso no pasa todo el tiempo. Una tiene su corazoncito, qué duda cabe, y estas cosas se agradecen. Es como en la política: los insobornables terminan cediendo a la tentación igual

que cualquier hijo de vecino. Si en el Olimpo no es infrecuente que se desaten las pasiones y se maten entre sí dioses y semidioses sin pensarlo demasiado, ¿qué se puede esperar de una pobre musa que no tiene a su favor más que su fama venida a menos con el tiempo? Total, ya se sabe que en todas partes se cuecen habas. Al menos aquí soy más visible, no lo sería si el texto fuera malo. ¡Seguro! Eso es, no se trata de prebenda alguna ni favoritismo. Este autor sabe muy bien lo que hace. Lo que hacemos. Y eso nos justifica. Sin duda no es un genio, pero me doy por bien servida.

AHORA SÍ

Se me está volviendo costumbre. Mala costumbre. Porque se puede abusar de todo, hasta de la bueno. Y uno no debe exagerar, a riesgo de volverse vicioso.

Cada vez que escribo una frase que tiene un mínimo de sentido, salta la liebre y se me ocurre otra derivada de ésta, y luego otra, y otra. O sea que irremediamente me da por sacar una segunda frase de la primera. Y luego, de la segunda una tercera, y de ésta una cuarta, y así sucesivamente. Es una verdadera facilidad la que tengo para parir frases una detrás de otra hasta que forman secuencias con sentido que tarde o temprano se me convierten en relatos. Y la verdad es que éstos me salen por montones: cortos, medianos, largos. A todo hora y en cualquier lugar. Y no me salen mal. Nada mal, la mayoría. Pero uno no debe abusar de su suerte. Además, ya estoy hartito, se me ha vuelto obsesión. ¿Hasta cuándo voy a estar como mago de feria sacándome conejos del sombrero y ases de la manga? Malditos conejos y ases que ni yo mismo conozco, que no sabía que existían, que no sé de dónde carajo salen cuando escribo ...

Ven, se los dije, aquí vamos otra vez. Simplemente hablo conmigo mismo o finjo que existe un lector, me digo cosas, me regaño, me quejo, cuando probablemente más bien debería estar bendiciendo al cielo por esta asombrosa habilidad creadora que se me ha dado, y de pronto: ¡zas, ya tengo varios párrafos, ya casi tengo un breve texto! Sí: otra vez en un abrir y cerrar de ojos voy camino a un cuento! De hecho sólo me falta terminarlo ...

¿Pero cómo llegar a un desenlace sin forzar la historia? ¿Y de qué historia hablo si hasta el momento ésta, como tal, no existe? O a lo mejor sí, quién sabe. En realidad nunca se sabe. Bueno, de todos modos puede ser que esta vez sí que no logre terminarla. Porque de repente -¡Virgen Santísima, quién lo diría!- de la nada me ha saltado encima la enorme

araña perdida de un cuento anterior, con saña me pica como si quisiera vengarse, como si fuera yo su peor enemigo (¡y sólo soy, por amor a Dios, su mismísimo creador!), empiezo a paralizarme, ¿será su veneno?, maldita. Ahora sí que no puedo seguir escribiendo, no puedo, no ...

LA SUAVE PÍLDORA

La suave píldora es suave no porque no tenga consistencia sino porque entra al sistema -boca, esófago, estómago- y se desliza como una seda: ¡suaaaavecita!

Su redondez, pequeña y brillante, resulta hermosa. Y si en vez de una son cien o doscientas o quinientas las que dejo caer, su razón de ser se precipita y pronto se vuelve fulminante. No hay cómo evitar su efecto. Nada puede detener su paulatina explosión, la multiplicación progresiva de su dulce final. Es preciso sentir, como ahora, cómo avanza por dentro la terminación de todo lo que duele y destruye, cómo estas pildoritas solidarias entre sí se vuelven un solo diluvio de dulce final que, obediente, se adelanta a la otra muerte decretada por un destino injusto que habría de rasgar todo lo bueno y valioso, todo lo positivo, lo posible. Pero no le daré esa oportunidad. No habrá más sufrimiento.

Así eres más inofensiva, muerte ésta, muerte escogida, más rápida, así te desafío y te convoco y te venzo fuera de tu designio original. Sólo minutos y habrá paz y nada... Sólo segundos...

. * * *

Colegas, nos reúne hoy un asunto muy serio y muy triste. La prematura muerte provocada por sí misma de la actriz Fabiola Navarrete. Aún no sabemos cómo ocurrió el lamentable error, pero el diagnóstico que le dimos estaba equivocado. No era cáncer del hígado lo que tenía. Nada más una hepatitis tipo B, de cuidado, sí, pero completamente curable.

Su familia, con razón, se apresta a demandar a nuestra clínica, y sin duda también a cada uno de nosotros que resulte responsable, a mí en particular. Como saben, ya estamos

investigando, pero no faltará además una investigación oficial que se hará pública y que sin duda tendrá consecuencias absolutamente negativas.

¡Cómo negar que de algún modo somos responsables de precipitar la decisión de esa mujer de quitarse la vida huyéndole a la otra muerte! ¡Ironía cruel sobre absurda paradoja! Un día más y hubiéramos podido impedir que se suicidara tragándose ese maldito frasco de somníferos. Bueno, ya es tarde para lamentaciones. Más allá del diagnóstico, busquemos a fondo dónde estuvo exactamente la falla -laboratorios, radiografías, endoscopía, ultrasonido-, y quienes tengan la culpa inicial deberán afrontar su parte de la responsabilidad. Si somos varios o uno solo, o si acaso hubo más bien una falla técnica no atribuible a un error humano, espero que pronto lo sepamos. Esta clínica no encubrirá nada ni a nadie.

Por supuesto, lo lógico es que nosotros mismos lo sepamos antes que el fiscal de turno. Por lo pronto, como médico de cabecera de la actriz en los últimos meses de su enfermedad, y como socio mayoritario de esta clínica, asumo la responsabilidad total en este triste caso. Y eso es lo que diré a los medios y, por supuesto, a las autoridades de la ciudad. ¡Qué remedio: para todo efecto práctico, yo la maté!

– No, doctor Escariola, usted fue sólo un desafortunado instrumento de la fatalidad. ¡La mató la ciencia! Sin premeditación ni alevosía. Tanto como la suave píldora multiplicada por la voluntad de no sufrir.

COMETA

Todos los días, al despertar en su cuarto, la niña hace un esfuerzo, se sienta en la cama, mira por la ventana y se sorprende. "Es un mundo hermoso", se dice suspirando. "¡Realmente hermoso!" Después, lentamente, vuelve a acostarse, cierra los ojos, procura relajarse, y entonces recrea el paisaje que tanto conoce y ama, enmarcado siempre por el recuadro de la ventana.

Ve todo clarito, como si lo tuviera enfrente. De tanto mirar hacia afuera se conoce de memoria el oscuro perfil de las montañas a lo lejos, y la forma cambiante que adoptan las nubes grises y blancas que a esa hora temprana coronan su cima. Es el único paisaje que desde hace meses le es dado mirar cuando logra incorporarse, pero lo disfruta infinitamente. "Estar viva todavía es un regalo de Dios", piensa poco antes de que la fiebre y un antiguo cansancio la vuelvan a rendir y se quede dormida.

Sueña que es una enorme y colorida cometa, que el hilo del que pende su hermosa existencia se alarga y se alarga cada vez más en la mano lejana de un niño que, muy abajo, es sólo un puntito gris que corre en dirección contraria al viento que arrecia. Ese mismo viento que ahora zarandea de un lado al otro y de arriba abajo a la cometa, haciéndola vibrar, inyectándole una enorme sensación de plenitud.

Piensa que su recia estructura de papel resistirá el acoso del viento porque ha sido construida con el desafío de una inusual forma triangular y está enmarcada por varillas de bambú que la protegen. Sabe que días atrás fue naciendo entre las manos de alguien que la construyó con cariño e ingenio para regalársela en su cumpleaños al niño a quien ya no puede ver allá abajo. Ignora cómo sabe tantas cosas, pero eso no importa. Lo principal es

esta hermosa sensación de movimiento, de fuerza y de libertad que está sintiendo mientras se desplaza alegre por los aires.

Cada vez se aleja más y más de la tierra a medida que el hilo se alarga hacia el infinito. Hasta que en cierto momento, en forma imperceptible, el hilo se rompe en algún segmento de su larguísima extensión, y la cometa, liberada de su atadura, pierde súbitamente el rumbo. Sorprendida, al principio se mueve con torpeza, dando tumbos como borracha. Pero pronto se orienta, y en seguida le asombra la facilidad con la que enfila por su cuenta en dirección contraria al viento. Poco a poco, relajada, se va sintiendo más libre que nunca.

En el cuarto, en presencia de los afligidos padres, el médico lucha por devolverle su vida a la niña. Muy lejos de ahí, en el altísimo cielo, una hermosa cometa multicolor penetra la primera nube y en seguida prosigue decididamente su luminoso curso ascendente.

SE CAE DE SU PESO, ¿NO?

Escribir cualquier bobería es como no hacerlo, le dije al aprendiz de letrado. Mejor piensa bien lo que vas a plasmar en el papel y sólo empieza a darle un orden a las palabras cuando sepas lo que éstas representan y a qué dirección apuntan.

Me sorprende comprobar que lo que le dije lo redactó poco después tal cual, y es el primer párrafo de este texto. Por un lado denota una total falta de originalidad y un servilismo absurdo y hasta decadente, pero por otro indica –qué duda cabe– una cierta chispa, una proclividad lúdica insospechada que podría explotarse. Por lo que no quise desalentarlo y le dije que continuara escribiendo hasta convertir aquello en un cuento. Es un reto, agregué, usa tu imaginación, o más bien tu ingenio. No voy a revisar más lo que escribes hasta que hayas terminado. Si aspiras a ser cuentista debes lograr que cualquier historia, por breve que sea, desemboque en un desenlace solvente y, preferiblemente, sorpresivo. O al menos revelador. Así le dije, y él pareció feliz con el consejo y, sobre todo, con aceptar el reto. Y se puso a escribir.

Uno nunca sabe lo que nos depara la escritura, así es que –optimista por naturaleza– supuse resultados estimulantes, porque sin duda el tipo ya me había dado pruebas de su talento conceptual, por más que su párrafo no fuera más que una vil copia de mis propias palabras. Lo vi muy concentrado, como pensando y midiendo cada palabra, metido en cuerpo y alma en lo que hacía, y preferí dejarlo solo un rato y salir a tomar aire fresco. En realidad le di la vuelta a la cuadra y me distraje en el puesto de la esquina leyendo titulares de periódicos.

Regresé media hora después y se había marchado. Sobre la mesa estaba el cuento –éste– que estoy reproduciendo. ¿Que no es mío? Bueno, depende. Como nunca más

he visto al pichón de escritor, me lo he apropiado. La literatura no es de quien la escribe, sino de quien la piensa. Aunque aquél finja ser su autor. Eso en teoría, porque cualquier buen lector sabe que el tipo ese y yo somos en realidad la misma persona. O podríamos serla. ¿Por qué no? Están dados todos los elementos. Se cae de su peso, ¿no?

LA VERDAD

A estas alturas de tu vida odias mirarte en el espejo, ver a diario lo que ves, reconocer una vez más la verdad que tanto detestas. Realmente preferirías taparlos todos, o romperlos. Sacarlos de tu ámbito privado. O fingir que no existen.

Pero sucede que los ojos de los demás, al mirarte de cerca, al posarse con descaro en los tuyos buscando ahondar en los resquicios de tu intimidad, también se vuelven espejos, te reflejan. Te dicen lo que no quieres saber, te revelan ante ti misma. Y últimamente todos te miran así, hurgándote la vida, queriendo violar tus secretos. No lo puedes permitir. No dejarás que siga sucediendo.

Por eso vas a inducirte la ceguera. No verán en ti lo que tú misma te niegas a ver, a reconocer. Aunque te duela -físicamente y en el alma- serás voluntariamente ciega e ignorante de tu ser. Permanentemente así. Es preferible a seguir ahondando en la verdad. Dicen que la verdad te hace libre. Puede ser, pero también te mata. De dolor, de tristeza.

LÁSTIMA

Toda la vida supo que alguna vez la encontraría. Mucho más que una simple ilusión, era el sueño declarado o tímidamente encubierto que de una forma u otra tenemos todas las personas. Un sueño todo lo absurdo o cursi que se quiera, pero persistentemente real. Y cuando un buen día -nunca mejor usada la expresión- se topó con ella, la reconoció de inmediato. No tuvo la menor duda: Era la mujer que había estado esperando desde que tenía memoria y clara voluntad.

Joven, bella, inteligente, deliciosamente sensual, todo en ella le fascinaba. Lástima que él, a sus noventa y seis años, no pudiera hacer mucho más que emocionarse hasta las lágrimas y terminar suspirando cada vez que la hermosa enfermera llegaba hasta su cama de hospital, siempre amable y eficiente, para atenderlo.

SU SECRETO

Le decían el *bobito del rincón*, porque no importaba en qué parte de la escuela estuviera, siempre se refugiaba en una esquina, probablemente para evitar cualquier contacto con sus compañeros de clase. Desde ahí los veía hacer y deshacer, escuchaba como mejor podía la clase. Ya se había acostumbrado a ser siempre el objeto de todas las miradas.

Era bastante más pequeñito que los otros chicos de su edad, extremadamente delgado, tenía la cabeza grande y los ojos saltones. Pero además se le notaba cierto grado de retraso mental. Sin embargo, entendía muy bien que de muchas maneras era diferente a los demás y, sobre todo, que se burlaban siempre de él. Y el niño sufría.

Sus padres lo enviaban a la única escuelita del pueblo, porque ambos trabajaban en el campo y no podían cuidarlo hasta bien entrada la tarde, a veces hasta la noche. Tal vez sospechaban que el niño no la pasaba muy bien en un ambiente que sin duda no era el más apropiado, pero evitaban hablar del asunto. A su regreso a casa, eso sí -la maestra lo acompañaba hasta la puerta y ahí esperaba unos minutos con él a que llegaran sus padres, quienes solían ser muy puntuales-, éstos lo atendían a cuerpo de rey, lo mimaban como a un cachorrito. Era su hijo único.

Una tarde los padres de Rupertito -que así se llamaba el niño- demoraron demasiado en llegar, y la maestra, que debía marcharse a cumplir un compromiso, se lo encargó a uno de los vecinos. Pero el señor se ocupó en otras cosas y se olvidó de la existencia de Rupertito, quien permaneció jugando en el rústico portal de su rancho.

Cuando al fin llegaron los campesinos, no vieron al niño. Preguntaron por él al vecino y éste les dijo que un rato antes lo había dejado jugando tranquilamente ahí mismo.

La angustia que se apoderó de la pareja fue muy grande. Por horas lo buscaron en el monte cercano, a lo largo del riachuelo que corría paralelo a la loma. Empezaba a oscurecer y no había rastro de Rupertito.

Como es lógico suponerlo, esa noche fue terrible para la humilde pareja, cuyo llanto se mezcló con el sonido de los grillos y el ulular del viento que horas más tarde se dejó escuchar metiéndose entre las ramas de los árboles. Abrazados se durmieron al amanecer, no sin antes pedirle a Dios que protegiera de cualquier mal a su indefenso hijo.

Al día siguiente volvieron a buscarlo, esta vez con la ayuda de sus vecinos. Llegaron hasta el otro lado del monte y se toparon al final con la carretera que recientemente se había construido. Ahí se plantaron como esperando algo. Al rato, un bus de pasajeros se detuvo ante las señas impacientes de los campesinos, y el chofer aceptó, a regañadientes, llevarlos gratis hasta la ciudad cuando percibió la desesperación de la pareja. Media hora más tarde estaban sentados en la oficina del director de la policía local contándole como mejor pudieron su corta historia, y describiendo con lujo de detalles a Rupertito. Recibieron la promesa de un esfuerzo de búsqueda que empezaría más tarde en la mañana, pero con la advertencia de que se disponía de poco personal y de una sola patrulla.

Los campesinos, desolados, no supieron ya qué hacer, y permanecieron por horas sentados en una banca de madera que se hallaba en la parte exterior del pequeño edificio de la policía. No hablaron entre sí, ya no lloraban. Lo único que hacían era mirar hacia lo lejos, abstraídos. Pero cada tanto tiempo, intensificándoles la angustia, la imagen de su hijo se filtraba en sus mentes haciéndolos volver a la realidad.

Mientras tanto, Rupertito había regresado a su rancho. En algún momento del día anterior, cuando jugaba en el portal, se quedó dormido. En el sueño vio sorprendido cómo

lentamente le salían alas en la espalda, alas de águila harpía. Y en seguida quedó fascinado por la curiosa forma que iba tomando su cabeza, y luego su cuerpo, que además se cubría de suaves plumas, hasta convertirse por completo en esa hermosa ave. Por supuesto que no demoró en sentir unas ganas inmensas de volar. Y voló.

Sin aprisa alguna, como si fuera lo más natural del mundo, el ave remontó el vuelo y poco tiempo después todo se veía pequeñito, desconocido y lejano allá abajo. Siguió alejándose, feliz de sentir el aire puro acariciando su cuerpo, abanicando sus plumas. Era una sensación de libertad nunca antes sentida, única, que le daba gran confianza y plenitud. Planeó suavemente sobre los montes durante un tiempo que no tenía límites, y llegó al fin hasta la gran montaña en cuyas faldas trabajaban a diario los padres de Rupertito. Pero el águila harpía no sabía esto porque tampoco estaba en la memoria del niño que antes había sido. Sólo cuando vio en la distancia a otros campesinos trabajando, cruzó por su mente la fugaz imagen querida de la pareja y sintió la necesidad de volar hacia ellos. Lo hizo, pero al no reconocer a ninguna de las personas que esforzadamente labraban la tierra, nuevamente voló hacia las alturas. Empezaba a oscurecer y sintió frío. La aguda visión de sus ojos redondos detectó poco después una pequeña cueva incrustada en una montaña, y hacia ella orientó su vuelo. Ahí pasó tranquilo la noche.

Ahora, sentado en el portal, añorando el regreso de sus padres, Rupertito es incapaz de separar lo vivido, de esta otra realidad que reconocía como propia. Su cuerpo vuelve a ser el mismo, sí, pero extrañamente sigue teniendo la sensación del sitio exacto en su espalda del que habían brotado alas, y en su boca la impresión de un alargamiento en donde había estado el pico. Su aventura, inolvidable, permanece en él como un regalo. Siente entonces un vago agradecimiento. Oscuramente sabe que todo ha sido real, que puede

alguna vez repetirse. Se esfuerza por entender, insiste, pero no puede. No le dirá a nadie, será su secreto.

A su regreso de la ciudad esa tarde, sus padres no pueden creer lo que les indican los asombrados ojos. Como si nunca se hubiera movido de ese sitio, ahí está su hijo, dormidito en el portal, intacto. Debe estar muy cansado, porque permanece dormido hasta el día siguiente.

Pero esa noche, cuando la madre de Rupertito lo acurruca en su lecho, en la oscuridad le siente una cierta aspereza en la piel, como dos pequeñas costuras a ambos lados de la espalda. Piensa que deben ser esas feas ronchas, por suerte inofensivas salvo por la necia picazón después, que dejan las hormigas rojas que a veces se meten al rancho. No quiere descobijar al niño, no se vaya a despertar el pobre. Revisa, en cambio, el camastro pero no encuentra señal de ellas. "Mañana será otro día", se dice la mujer, y se pone a prepararle la cena al marido.

NO SABEN LO QUE SE PIERDEN

Todos tenemos determinadas obsesiones en la vida, unas más persistentes que otras. La mía es particularmente reiterada, y además creciente. Hasta yo mismo lo admito.

Mi obsesión empezó a los doce años. Por pura casualidad. Un día de lluvia -recuerdo que era sábado-, como a las cinco de la mañana, tomé conciencia de ello. Todavía tenía un sueño enorme tras levantarme a orinar, así es que me regresé de inmediato a la cama. Ya me estaba quedando dormido nuevamente cuando, de la nada, sentí unas ganas inmensas de comer helado de chocolate. Así, absolutamente de la nada, lo juro. Podía sentir con toda precisión en la boca el punzante, gratísimo sabor semiamargo y a ratos dulzón. Sólo eso quería comer, nada más. ¡Helado de chocolate! Por un buen rato traté de reprimir ese deseo, pero fue inútil. Completamente inútil.

Por supuesto, no había helados -de ningún sabor- en casa. Según mis padres, desde hacía unos días todos estábamos a dieta. La verdad es que la gente solía referirse a nosotros como una familia de obesos, pero creo que exageraban. De todos modos, el maldito médico de mi madre la convenció de que no podíamos continuar comiendo (creo que el muy atrevido dijo "hartando") como lo hacíamos, y poco a poco le fue lavando el cerebro. Resultado: pocas grasas y carbohidratos, mucha proteína y fibra. O sea, una horrible combinación de frutas y vegetales, además de cosas espantosas como soya y varios tipos raros de té.

Pero como decía, esa mañana se me desató de pronto una necesidad terrible de comer helado de chocolate y ya no pude dormir más. En seguida supe que no me iba a contentar con una o dos bolitas en un simple barquillo. Mi imaginación se desató, y ya se me hacía agua la boca con el grato sabor anticipado. Me vestí, tomé un billete de veinte

de la cartera de mi padre, quien dormía junto a mamá a pierna suelta, y salí sigilosamente rumbo al super de la esquina. Compré un galón de chocoalmendra, regresé corriendo y me metí a mi cuarto a goloseármelo a lentas cucharadas. ¡Qué delicia!

Nunca antes había hecho algo así, tan a deshoras y con tanta fruición. Tampoco había paladeado jamás una cantidad tan enorme. Gocé de ese helado cada instante como si fuera manjar de dioses. Y a medida que tragaba me iba sintiendo más y más feliz, casi como un bebé. Es más, estoy seguro de que si me hubiera mirado al espejo, o si alguien me hubiera espiado mientras comía, habría tenido gran sorpresa ante mi expresión de arrobamiento. Mucho después leí en alguna parte que el chocolate estimula las endorfinas de nuestro cuerpo y que el fluir de éstas nos produce esa sutil sensación de felicidad.

Desde entonces, todos los días, con puntualidad militar, encerrado en mi cuarto me como secretamente un galón de helado de chocolate en ayunas, y me despacho otro en las noches tras terminar mis tareas, antes de acostarme a dormir. Han pasado cinco años y ya casi estoy por graduarme. Por supuesto, mis padres, que desde hace tiempo están en línea y ahora les da por salir a caminar todas las noches, no pueden entender por qué sigo siendo un joven tan gordo a pesar de las bondades de la interminable dieta que he seguido compartiendo con ellos. La verdad es que no tengo la menor intención de explicárselo. Sé que no me lo perdonarían.

En todo caso, no le hago mal a nadie. Bueno, sólo a mí mismo, por supuesto, con esto de la maldita obesidad que sigue en aumento. Pero qué rico es el helado de chocolate en sus diversas variantes, cada vez me gusta más. Sobre todo ahora que también en el recreo me las ingenio para darme una escapadita del colegio hasta la abarrotería del chino para comerme un barquillo triple, e igual hago a la salida.

Hasta ahora caigo en la cuenta de que probablemente este creciente placer -no me gusta llamarle "vicio"- aumenta aún más sus efectos estimulantes por el hecho de comer siempre a escondidas. Lo único malo es que de un tiempo a esta parte a mis compañeros les ha dado por llamarme, con la mayor naturalidad, "la rueda lerda", sobre todo cuando en los juegos de pelota me ven corriendo con marcada dificultad. Bueno, total, ya no me molesta tanto que se burlen. A todo se acostumbra uno. Hasta me dan un poco de lástima, los pobres. ¡Si supieran! Qué va, ¡no saben lo que se pierden...!

VELERO

Lo veo venir, presiento el ardor de su mirada, el sutil hechizo de su perfume que ya me envuelve a distancia, anticipo mi inquietud al tomar conciencia de la forma en que se apropia por completo de mi tranquilidad y la desquicia. La veo llegar lenta, como deslizándose con movimientos sugerentes cuyo suave oleaje me envuelve; mirarme apenas de soslayo; seguir como si nada su camino haciéndome sentir como un perfecto idiota. La vida te da sorpresas, me lamento. La veo alejarse -velero majestuoso- con toda la calma del mundo, inmovible, dueña de sí, tal vez ajena. Suspiro...

¿ACASO IMPORTA?

No todo el mundo es igual, piensa. La gente reacciona de diferentes maneras. Pero al final eso no importa. El resultado es invariable.

La había visto mirándola de lejos. Después, al acercársele más a la mujer, ésta ya no la miró de frente. Fingía indiferencia sin dejar de hacerlo cada tanto tiempo de soslayo. La escena podía convertirse en interminable e inútil ritual si no le ponía un alto. Pero antes quiso saber el por qué de la insistencia de esa mirada que ahora había vuelto a ser directa, a los ojos.

—¿Por qué me miras tanto? -inquirió la recién llegada, sin tapujos.

—La que te me has acercado y me miras altanera desde hace rato eres tú. ¿Quién eres? -repuso desafiante la mujer.

—¿Quién crees que soy? -la retó también ella.

—Te parecerá extraño, pero creo que sé quien eres.

—Di mi nombre entonces.

—¿Te irás si acierto?

—No es mi costumbre, sería extraño. Sería la primera vez.

—¿No dicen acaso que siempre hay una primera vez? -ripostó la mujer.

Sin duda es valiente, atrevida, se dice la otra. Me simpatiza. Veré hasta dónde llega.

—Que sea ésta entonces esa única vez -concedió.

—Tu nombre tiene seis letras y empieza con M. ¿Debo decir más?

—¿Cómo supiste?

—Porque mi nombre es Vida y desde que nací te llevo dentro como una maldición.

–No soy una maldición sino sólo el final del camino.

–Pero a veces te adelantas demasiado, como ahora.

–No es que me adelante, simplemente soy extraordinariamente puntual y responsable.

–¿Responsable ante quién?

- Hemos hablado más de la cuenta, amiga.

–¿Ante Dios o simplemente ante el Destino, dime?

–¿Acaso importa?

–En realidad, no.

–Eres diferente. Te has ganado tu oportunidad. Volveré en otra ocasión.

–Gracias. ¿Cuándo será?

–Eso ni yo lo sé. Tampoco te lo diría.

Entonces la mujer, tranquila pero muy seria, ve cómo la otra se aleja caminando lentamente hasta disolverse en la distancia como un mal sueño.

NO ES FÁCIL

No es fácil entender lo que le pasa a uno cuando una chica linda nos llama la atención por primera vez, y luego empiezan esas sensaciones raras como de una inquietud necia que nos alborota el cuerpo y se vuelve algo incómodo y a la vez fascinante. Y esa como necesidad de estar todo el tiempo mirándola y planeando lo que le vamos a decir para impresionarla. También el estar pensando a cada rato en ella, imaginando que dice esto o lo otro, que hace tal o cual cosa, que uno logra finalmente conquistarla y ser su héroe y su amor por siempre...

No es fácil comprenderlo, no, porque podría ser una tarea normal para otros jóvenes de mi edad, para casi cualquier otro que no sea feo y que además tenga un poquito de confianza en sí mismo y un empeño decidido, y por supuesto cierta capacidad de hacer cosas un poco diferentes y algo sorprendidas sin dejar de ser convincente. Pero yo no soy un chico normal, a mí todo se me dificulta el triple. Aunque sin duda soy bastante inteligente, tengo un problema. Un gran problema en realidad, que me aleja de la mayor parte de las muchachas guapas de mi clase, de mi barrio, de cualquier lado...

Dicen que el amor primero entra por los ojos, que éstos son el espejo del alma. Dicen también que la apariencia física es el atractivo fundamental entre dos personas de cualquier edad. Creo que tienen razón, porque según he leído hay una enorme experiencia acumulada que así lo demuestra en la vida real. Claro que después surgen otras cosas que gustan o disgustan a cada quien en relación con el otro, pero sólo después. O sea que antes es preciso pasar la prueba de la apariencia exterior, del cuerpo, la cual casi irremediabilmente se inicia siempre a través de la mirada.

Soy un gran lector, leo de todo. A menudo siento que la gente de mi edad -tengo dieciséis años- se pasma ante alguien que prefiere quedarse leyendo un buen libro, en vez de ir por horas a una discoteca o a una fiesta cualquiera; que disfruta pensando las ideas que han expuesto otros o arriesgando unos cuantos pensamientos propios. Sin duda lo ven a uno como a un bicho raro, rarísimo en verdad. Alguien como yo que no habla jamás acerca de los integrantes de los grupos musicales, ni presume de sus conquistas reales o imaginarias, ni se presta para comentar chismes de ningún tipo. Además, un chico obligadamente tímido, y por tanto poco sociable.

Nada de esto sería tan problemático si sólo fueran esas las cosas que me hacen diferente, porque al fin y al cabo se trata de maneras de ser que tarde o temprano, con un poquito de esfuerzo y buena voluntad, seguramente se pueden superar. Estoy convencido de que una persona inteligente, a cualquier edad, es capaz de dominar sus limitaciones, o al menos darles la vuelta y poner los posibles defectos de personalidad al servicio de un comportamiento singular, que llame la atención precisamente por salirse del lugar común. O sea que por lo general uno puede en estos casos, con empeño y tenacidad, a veces con ayuda profesional y buenas lecturas sobre el tema, modificar sus gustos y costumbres, e incluso su imagen. Esto, por supuesto, si aceptamos olímpicamente que los que se comportan como la mayoría, de forma del todo previsible y por tanto "normal", son los que tienen la razón, los destinados a triunfar en la vida, esos a los que se les facilita conquistar a las chicas y ser socialmente aceptados.

Pero, no, ese no es mi problema. Si lo fuera, las cosas serían mucho más fáciles para mí, y yo no estaría contando a tropezones esta historia. Una historia que probablemente nadie en el colegio lea, porque ¿quién va a leer lo que con ostensible dificultad escribe un parapléjico -grave lesión en la médula-, a menos que sea por una curiosidad malsana,

enfermiza? Las reflexiones, sí, de un chico que ya no pudo caminar después del accidente ocurrido por el descuido de una criada siendo aún muy pequeño; al que desde la primaria llevan al colegio en silla de ruedas, y quien se ha ido aislando de todo lo que lo rodea y en realidad no tiene amigos; que prefiere no causar lástima, por lo que a menudo -como hoy- se enconcha en su frágil caracol de sentimientos. Un joven triste, sin duda, cuya ya de por sí limitada vida se está apagando por el avance de un complejo padecimiento renal, tal vez debido a la inmovilidad de tantos años...

Alguien como yo cuya única verdadera amiga es su madre -¡tú, mamá; mi ángel de la guarda, mi dulce sombra protectora; mi único amor, la verdadera chica de mis sueños!- a quien van dirigidas estas palabras para que las guardes en tu sufrido corazón cuando yo ya no esté ...

EPIFANÍA

I

Quienes piensen que hay significación en lo que ocurre pero también en lo que deja de suceder, tendrán tanta razón como los que crean que somos lo que hacemos. También la tendrán los que afirmen que los hechos son al mismo tiempo señales de un destino y manifestaciones de la atmósfera en que los sucesos acontecen. Y es que todo cuanto pasa tendrá un sentido, no siempre manifiesto, que a fin de cuentas lo sustentará y justificará, sea bueno o malo. Yo soy la causa y la consecuencia de todos estos factores, de sus claras u ocultas huellas. La prueba terminante de que hay una secuencia que lo conecta todo, que todo lo recorre como un fluido inevitable, omnipresente. Nací en el principio, fui su más cabal expresión, y no he dejado de ser en los innumerables siglos transcurridos desde entonces. Soy la Vida que mucho después fundé en el universo, el universo mismo soy por siempre. Pero también soy cada vida que nace en los planetas, cada pensamiento, cada acción u omisión microscópica o gigantesca. El concepto de lo divino y lo humano y lo extrahumano compendia lo que soy y representa la fascinación perenne de mi ubicuidad. No hay tiempo ni medida en mí, pero fuera de mí ser cada instante cuenta. En los planetas y galaxias la vida no se comprende sin la muerte, y sin embargo mi insondable luz carece de cualquier atisbo de oscuridad, salvo en mis infinitos dobles diseminados por el universo y sujetos siempre a perecer. En mi unicidad subyace lo plural que permite que fuera de mí haya un orden y convivan individuos, lo cual me hace el centro supremo de la ambigüedad y las contradicciones. Por eso soy lo que soy y lo que hago. Por eso soy yo y los demás. Por eso somos lo que somos y lo que hacemos.

II

Poco antes de ser depositario de los Diez Mandamientos, este otro texto singular fue encontrado por Moisés, tallado en una inmensa losa rectangular y lisa de procedencia desconocida. No supo ni le importó en qué lengua estaba escrito aquel mensaje en el que la divinidad se autoglorificaba y por primera vez anunciaba su naturaleza divina y a la vez humana, pero luminosamente entendió palabra por palabra su extraño significado.

La tabla de la ley, que años más tarde le entregara el Señor, sólo vino a corroborar la existencia de Jehová perfilada en una voz envuelta en soberbia luz, y consolidó por siempre la fe de su primer vasallo, inmovible como una gran roca.

El otro texto, misteriosamente, se perdió sin dejar rastro. Moisés nunca lo mencionó a su pueblo. Yo, que soy un sobreviviente reencarnado y sin edad, y hasta hace poco un recalcitrante agnóstico, lo acabo de encontrar -aún no diré dónde ni cómo-, y el Señor me ha dado el entendimiento necesario para descifrarlo.

Cuando se haga pública esta revelación ya nada en el mundo será igual. Nacerá por siempre la epifanía que congregue todas las razas y todas las creencias en una sola fe. Y nadie más podrá lucrar con la religión porque entenderemos el misterio de nuestra dualidad, y eso nos hará libres. Nos hará felices al fin.

La agonía de la palabra

La agonía de la palabra de **Enrique Jaramillo Levi** pone de manifiesto una vez más, de manera contundente, la maestría narrativa que caracteriza a la obra de este autor, y lo coloca entre los cuentistas centroamericanos de mayor versatilidad artística y relevancia en la región. Los 36 cuentos que integran este libro profundizan en los vericuetos de la experiencia humana mediante procedimientos realistas, fantásticos y metaficcionales cuya temática oscila entre los conflictos de la identidad, los de un erotismo exacerbado, diversas disyuntivas filosóficas y sobrenaturales frente al absurdo y la muerte, los avatares de la paradoja como espejo de la cotidianidad, y la reflexión en torno a la creatividad literaria como oficio y como necesidad intelectual permanente.

22-42-52-8



Narrativa centroamericana Núm. 34